José Joaquín Fernández de Lizardi

El Periquillo Sarniento

Sus extraordinarias
venturas y desventuras, contadas por

Felipe Garrido

Academia Mexicana de la Lengua

Ilustrado por

Sixto Valencia

Secretaría de Educación Pública | SEP

Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos

El Periquillo Sarniento
Sus extraordinarias venturas y desventuras contadas por
Felipe Garrido

Secretaría de Educación Pública

Dr. Reyes S. Tamez Guerra
Secretario de Educación Pública

M. en C. Lorenzo Gómez-Morin Fuentes
Subsecretario de Educación Básica y Normal

Dr. Julio Rubio Oca
Subsecretario de Educación Superior

Dra. Yoloxóchitl Bustamante Diez
Subsecretario de Educación Media Superior

Ing. José Ma. Fraustro Siller
Oficial Mayor

Dra. Sylvia Beatriz Ortega Salazar
Titular de la Administración Federal de Servicios Educativos en el Distrito Federal

Lic. Jorge Velasco y Félix
Director General de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos

ISBN: 970-9765

DR © **Felipe Garrido, Sixto Valencia Burgos** y
Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos

Edición al cuidado de
Jorge Velasco y Félix

Producción
David Villanueva Escabí
Carlos Gómez Castillo

Arte
Rodolfo Gutiérrez Sánchez

Corrección
Rogelio Dromundo Salazar

Formación
Mario Alberto Domínguez Martínez
Eduardo Águila González

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento de reproducción gráfica y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin previa autorización de los autores y editores.

Mensaje del Presidente a los alumnos

Me da mucho gusto que la niñez y la juventud de México tengan acceso a la lectura, de libros tan significativos como *El periquillo sarniento* que tienes en tus manos.

Su autor, don José Joaquín Fernández de Lizardi, amaba mucho a nuestra querida Nación. Así lo afirma al inicio de este libro: "Nací en México. Ningunos elogios serían bastantes en mi boca para dedicarlos a mi cara patria".

Era además un hombre que había leído mucho y que apreciaba el conocimiento. Por eso, en su tiempo se le conoció como "El pensador mexicano".

Este libro, su obra maestra, es una de las novelas más importantes de la literatura mexicana de todas las épocas, por la riqueza de su lenguaje y por la fuerza de su personaje.

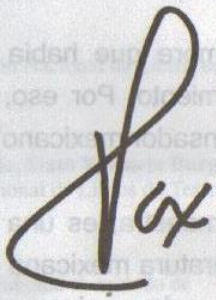
Hoy la apreciamos no sólo por eso, sino porque en sus páginas se describe con alegría y colorido a nuesto querido México, sus tradiciones y costumbres, a través de las aventuras de un personaje irreverente.

Don José Joaquín Fernández de Lizardi fue, además, un notable defensor de la libertad de expresión. Me complace

que este gobierno democrático ponga en tus manos esta versión abreviada e ilustrada de *El periquillo sarniento*, porque en él habitan las ideas de libertad y justicia que dieron origen al México independiente. Esos ideales siguen vivos en el México del siglo XXI.

Te invito a que leas este libro. Su lectura como la de los demás libros que hemos puesto a tu alcance, enriquecerá tu alma, ampliará tus conocimientos y fortalecerá tu amor por México.

30 de abril de 2006.



Vicente Fox Quesada

Presentación

¿Por qué leer una obra cuyos primeros tomos se publicaron hace casi dos siglos? Precisamente porque su lectura nos transporta a mediados del siglo XVIII, y nos muestra la vida de los mexicanos en esa época de transición del Virreinato al México independiente, es decir, refleja sus costumbres y creencias, sus valores, su manera de pensar y de hablar, así como la educación que recibían. Ello nos permite descubrir lo que ha perdurado y lo que ha cambiado en nuestro modo de ser, de expresarnos.

Esta novela que tienen en sus manos trata de la vida de un pícaro, un pillo o sinvergüenza de esos tiempos. El escritor español Fernando Savater, en su libro *Malos y malditos*, nos da otra buena razón para leer este libro: "En el fondo –los malos, los malditos y los adversarios que aparecen en novelas o cuentos– son amigos de los lectores porque contribuyen a que nos divirtamos, a que soñemos y también a que pensemos un poco."

¿Por qué leer *El Periquillo Sarniento* en el siglo XXI? Porque tiene el valor imperecedero de toda obra literaria: "explora la vida y esa es una materia que todos cursamos", como ha dicho el escritor mexicano Felipe Garrido.

Las aventuras del protagonista son muy divertidas, y contadas por el maestro Garrido la narración se aligera, toma vuelo y se vuelve más amena, sin perder la riqueza del lenguaje y de las ideas originales.

Lograr esto no es tarea sencilla, requiere talento literario, profundo conocimiento de la obra literaria y de los destinatarios. Éste es el caso de Felipe Garrido. Él, además de escritor y editor de reconocida trayectoria, es un apasionado promotor de la lectura y, como tal, gran conocedor de las necesidades lectoras de los alumnos que cursan su educación básica. Nuestras bibliotecas escolares y de aula mucho le deben a su visión, entusiasmo y creatividad.

Seguramente don José Joaquín Fernández de Lizardi quedaría muy complacido con la nueva edición de su obra, realizada por el maestro Garrido, pensando en ustedes. Gran satisfacción le daría saber que su Periquillo, fiel a su vocación de vagabundo y trotamundos, andaría por toda la República Mexicana en manos de millones y millones de lectores del siglo XXI.

Tengo la certeza de que pasarán gratos momentos en compañía de Periquillo o Perico y de todos los personajes surgidos de la pluma de Fernández de Lizardi, *El Pensador Mexicano*.

Reyes S. Tamez G.

Reyes Tamez Guerra
Secretario de Educación Pública

Índice

Los motivos de Periquillo para dejar a sus hijos estos cuadernos 13

Periquillo va de una escuela a otra 15

De lo que pasó en la hacienda 19

Vuelta a su casa y una conversación con su padre 27

Abandona la teología, y se mete a fraile 29

Muere el padre de Periquillo y éste sale del convento 33

Periquillo se queda solo 37

El encuentro con Juan Largo 43

Perico sufre en el hospital y, cuando sale a la calle, Januario lo induce a que sea ladrón 47

Don Antonio queda libre y Periquillo retorna con sus amigos 57

Cómo salió de la cárcel y por qué dejó la casa de Chanfaina 61

La acogida que le hizo un barbero, por qué salió de su casa, su acomodo en la botica y cómo salió de ésta 63

Llega Periquillo con el doctor Purgante, aprende a su lado, lo roba, sale corriendo y llega a Tula, donde se finge médico 67

Perico cuenta su mala mano en una peste y cómo salió del pueblo 71

La espantosa aventura del locero y la historia del trapiento 73

La bonanza de Periquillo, el paradero de Chanfaina, la vuelta de Luisa 79

La suerte de Luisa, y una sangrienta aventura 83

El ingreso en la cofradía de los mendigos 85

Cómo le fue a Periquillo con el subdelegado; cómo desempeñó la Tenencia de Justicia, y el modo con que lo sacaron del pueblo 89

La fortuna de Periquillo como asistente del coronel, y su embarque para Manila 91

Perico cuenta su naufragio y el buen acogimiento que tuvo en una isla 95

La confianza que mereció al chino; el viaje de éste con él a México y los días felices que logró a su lado 99

El maldito modo con que salió de la casa del chino 103

Cómo quiso ahorcarse; por qué no lo hizo; el espanto que sufrió en un velorio; su salida de esta capital y otras cosillas 107

El encuentro que tuvo con unos ladrones y las aventuras que le pasaron en su compañía 109

El triste espectáculo del cadáver de un ajusticiado 111

Cómo entró a ejercicios en La Profesa; su encuentro con Roque y quién fue su confesor 113

San Agustín de las Cuevas, y la aventura del amigo Anselmo 115

La aventura del misántropo y el paradero del trapiento 117

Periquillo cuenta sus segundas nupcias 119

La muerte de su amo, la despedida del chino, su enfermedad; el editor cuenta lo demás hasta la muerte de nuestro héroe 123

Notas del pensador 125

José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) fue un hombre ilustrado y progresista, rebelde por naturaleza, que a partir de 1811 empezó a publicar un gran número de folletos, muchas veces en verso, a favor de reformas sociales y políticas –se conservan unos 250 impresos de la época.

En 1812, la Constitución de Cádiz consagró la libertad de prensa en las colonias españolas y Lizardi aprovechó la ocasión para fundar un periódico, *El Pensador Mexicano* (1812-1814), cuyo nombre le sirvió de seudónimo. Cuando el noveno número de esta publicación se dedicó a satirizar al virrey Venegas, se revocó la libertad de imprenta y Lizardi fue encarcelado. En prisión siguió publicando el periódico y cambió tanto su tono que seis meses después fue puesto en libertad. En 1815, lanzó otros dos periódicos que aparecían al mismo tiempo, *Alacena de Frioleras* y *El Caxoncito de la Alacena*, y que pronto fueron objeto de censuras.

Hacia fines de ese año, comprendió que tendría que suspenderlos. Empezó entonces a escribir su primera novela, *El Periquillo Sarniento*, que apareció por entregas y de la cual publicó los tres primeros tomos en 1816; el cuarto fue censurado por sus ideas contra la esclavitud. La novela no se publicó completa sino hasta 1830-1831, cuando *El Pensador* ya había muerto. Lizardi escribió tres obras más, todas del género picaresco y entreveradas de disquisiciones morales: *Noches tristes y día alegre* –la única que apareció completa, en 1818–, y *La Quijotita y su prima* –de la cual se publicó en 1819 sólo la mitad.

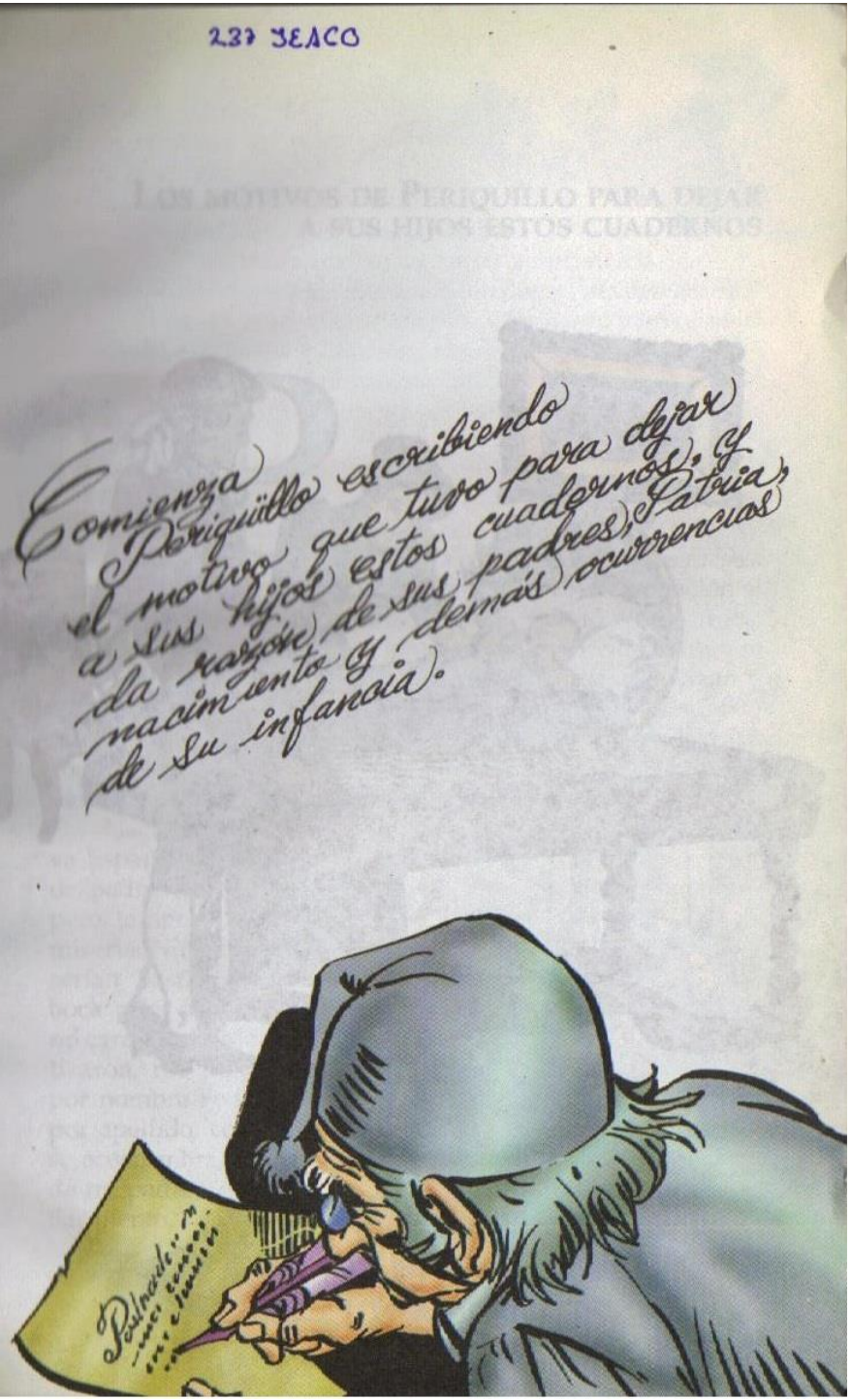
Posteriormente, *Don Catrín de la Fachenda*, que se imprimió en forma póstuma, en 1832.

A partir de 1820, Lizardi dejó de escribir obras de ficción y volvió al periodismo. *El Periquillo Sarniento*, su novela maestra, es la primera publicada en América. Durante los tres siglos de Virreinato en las colonias españolas, estaba prohibido que se imprimieran obras de ficción. Las autoridades españolas temían a la literatura, porque la literatura –las novelas y cuentos, la poesía, el teatro– es un ejercicio de imaginación y libertad, de crítica y reflexión; aun en nuestro tiempo, en distintos lugares, de cuando en cuando hay autoridades que detestan a los escritores y a los lectores.

El Periquillo Sarniento es una novela picaresca. Su personaje central es un pícaro, un vagabundo ocupado sobre todo en sobrevivir, que cuenta su vida. Sus días en la escuela y en la universidad, cómo las malas compañías lo arrastran al juego y, por ese camino, al hospital y a la cárcel; cómo la fortuna a veces le sonríe y a veces le vuelve la espalda. *El Periquillo* cambia muchas veces de patrón y de oficio, recorre la capital y sus alrededores, viaja a Manila. Después de un naufragio llega a una isla en el mar de la China, y regresa a su patria para seguir sus aventuras. Esta versión abreviada, sigue la línea principal de sus aventuras y deja de lado las abundantes digresiones moralizantes o eruditas que tiene la novela. La intención es familiarizar a lectores que no conocen a este personaje con esta obra. Al mismo tiempo, invitarlos a que lleguen directamente a la novela de Lizardi y gocen la lectura de sus páginas, en las cuales hallarán multitud de incidentes divertidos y una espléndida recreación de la vida en México durante los años finales del Virreinato.

Felipe Garrido

237 JEACO



Los motivos de Periquillo para dejar a sus hijos estos cuadernos

Postrado en una cama hace muchos meses, entre médicos y enfermedades, esperando con resignación el día en que tengan que cerrarme los ojos, queridos hijos míos, he pensado dejarles escritos los sucesos de mi vida, para que sepan cuidarse de muchos de los peligros que amenazan y lastiman a los hombres en el curso de sus días. Les suplico que no se escandalicen con las locuras de mi juventud: voy a contárselas sin ocultar nada, para que ustedes escarmienten en mis extravíos.

Nací en México, capital de la Nueva España, por los años de 1771 a 1773, de padres que no eran ricos pero tampoco vivían en la miseria. Ningunos elogios serían bastantes en mi boca para dedicarlos a mi cara patria. Me bautizaron, me pusieron por nombre Pedro y por apellido, como se acostumbra, el de mi padre, Sarmiento.

Mi madre era bonita y mi padre la amaba mucho. Con esto, y con el convencimiento de mis tías, se decidió ponerme una chichihua, como acá decimos, para que me amamantara.

Tomasa tenía un genio del demonio; me daba poco de comer y, cuando estábamos solos, me maltrataba bien y bonito.

Mi padre era un hombre sensato y se oponía a todas las simplezas de mi madre, así que no permitió que me cubrieran de amuletos para protegerme del mal de ojo y otros peligros imaginarios.

Pero apenas comencé a crecer, bastaba que yo manifestara el deseo de cualquier cosa para que mi madre hiciera lo imposible por dármela, aunque yo no tuviera razón. Otra candidez tuvo la inocente, que fue llenarme la fantasía de cocos y espantajos. Con eso, me fui haciendo de espíritu cobarde, así que todavía a los ocho o diez años no podía oír ningún ruidito en la noche sin que me espantara.

PERIQUILLO VA DE UNA ESCUELA A OTRA

Llegado el día, hizo sus pucheritos mi madre, yo un montón de berrinches, pero nada valió para que mi padre cambiara su decisión: aunque no me gustara, me mandaron a la escuela.

El maestro era buena gente, pero no sabía dar clases. No podía mantener la disciplina. En esos días yo vestía saquito verde y pantalón amarillo. Esos colores, y el que mi maestro me llamara Pedrillo, hicieron que mis amigos me apodaran Periquillo. Pero como había otro Perico, una vez que me dio sarna, jugando con mi apellido me completaron el apodo y quedé convertido en el Periquillo Sarniento.

Un día llegó un clérigo para inscribir a un niño en la escuela pero, cuando vio la mala ortografía de mi maestro, le dijo:

_Me llevo a mi sobrino. Usted tiene buen corazón, pero para ser un buen maestro hacen falta conocimientos, virtud y vocación. Y lo único que usted tiene es la virtud.

Después de eso, mi maestro decidió cerrar la escuela, y cada quien en su casa, todos contamos lo que había pasado. Mi padre tuvo que buscarme un nuevo maestro. Cinco días después me llevó

a su escuela y me dejó bajo su espantosa tiranía. Mi nuevo maestro era alto, seco, medio canoso y muy bilioso. Estaba convencido de que la letra con sangre entra, y raro era el día en que no nos azotara.

¡Qué no hizo mi madre, movida por mis quejas, para convencer a mi padre de que me cambiara de escuela! Pero él se mostró inflexible, convencido de que todo se debía a lo consentido que yo estaba. Hasta que un día fue a la casa, de visita, un religioso que ya sabía cómo se las gastaba el famoso maestro, y contó tales cosas que mi padre terminó por convencerse y decidió ponerme en otra escuela.

¡Cuál fue mi sorpresa cuando la vi! Era muy amplia y limpia, llena de luz y bien ventilada. Dos años estuve allí, al cabo de los cuales medio sabía leer, escribir y contar.

Cuando terminé la escuela, mis padres me dejaron descansar unos días, y luego comenzaron a ver qué sería de mi vida. Mi padre se sentía viejo y pobre y quería que yo tuviera un oficio; decía que más valía que yo fuera un mal oficial que un buen vagabundo. Pero mi madre protestaba:

_¿Tener un oficio mi hijo? ¿Qué dirá la gente –le decía– si ve que el hijo de don Manuel Sarmiento está aprendiendo a ser sastre, pintor, platero o algo por el estilo? ¿Te parece bien eso?

_Sí, mi alma –respondía mi padre, muy tranquilo–. Me parece muy bien que un niño, si tiene que ganarse la vida, aprenda un oficio, para que no ande mendigando su alimento. Lo que

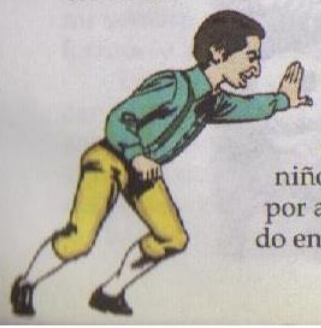
me parece malo es que tenga que andar de gorrón, o pidiendo prestado, o se dedique al juego.

Mi madre quería que yo siguiera estudiando. Y como ya no supo qué decir, comenzó a llorar. Con sus cuatro lágrimas echó por tierra toda la firmeza de mi padre. Como él la amaba, la abrazó y le dijo:

_No llores, hijita, no es para tanto. Lo que te digo es lo que me dictan la razón y la experiencia, pero si es tu gusto que estudie, ¡pues que estudie! Ya no me opongo.

Mi padre era un hombre de juicio, pero las más veces no sabía oponerse a los caprichos de mi madre.

Llegó el día en que me pusieron a estudiar, y fue con don Manuel Enríquez, célebre por su habilidad para enseñar gramática latina. Me dejó con la cabeza llena de reglitas, adivinanzas, refranes y juegos de palabras en latín; pero en cuanto a la pureza del idioma y a usarlo con propiedad, de eso nada.



Después de tres años terminé mis estudios con este maestro. Pasé mis exámenes y quedé como sobre espuma. Lo que mis padres no sabían era que, como en esa escuela había todo tipo de niños, en esos tres años yo había escogido por amigos a los peores y me había convertido en el más maldito de todos.

Acabé mi gramática, como les cuento, y entré al máximo y más antiguo Colegio de San Ildefonso para estudiar filosofía. Aprendí mil sofismas ridículos, con los cuales presumía ante mis compañeros más cándidos. Por ejemplo: besar la tierra es un acto de humildad; la mujer es tierra; luego, besar a la mujer... Dos años y medio se me fueron en revolturas de lógica, física, ética y metafísica.

Finalmente llegó el día de mi examen. Sostuve las pruebas de manera satisfactoria y me dieron, por unanimidad, el grande, sonoroso y retumbante título de bachiller en artes.

Del Colegio nos fuimos a la casa, que estaba llena de viejas y muchachas, parientes y amigos. Apenas entré, todos comenzaron a felicitarme; yo estaba más esponjado que un guajolote. A mi madre el regocijo le brotaba por los ojos. Todo lo que se oía era "tenga usted, bachiller", "beba usted, bachiller", "mire usted, bachiller". Toda la noche se la pasaron bachillereándome. Cuando terminó el borlote, mi padre quedó con sesenta o setenta pesos menos y yo más presumido que nunca. Ya en la madrugada nos retiramos a dormir, que falta nos hacía.

Dos o tres días después, mis padres decidieron mandarme a la hacienda de un amigo suyo, que estaba cerca de la ciudad, para que me divirtiera en unos herraderos que iban a hacer.

De lo que pasó en la hacienda

Llegué a la hacienda en compañía de don Martín, el amigo de mi padre, que era el dueño. Su esposa me dijo:

_Con que, señorito, ¿qué le han parecido a usted esos campos por donde ha pasado? No son como la ciudad, ¿no es verdad?

_Todo me parece bueno en su línea –respondí–. Estoy contento en el campo como en el campo, y divertido en la ciudad como en la ciudad.

Celebraron bastante mi respuesta, y la señora me siguió diciendo:

_Sí, sí, el colegial tiene talento, pero estaría mejor si no fuera tan travieso, como nos dijo Januario.

Januario era un sobrino de la señora, que tendría dieciocho o diecinueve años, demasiado burlón y gran bellaco. Éramos amigos desde la primera escuela en que estuve y en todas partes fue mi sombra y mi azote. Era alto y fornido y le decíamos Juan Largo.

Estaba yo muy ufano, platicando con una porción de niñas, entre las cuales no era la menos viva y platiconcilla la hija de los dueños de la hacienda, demasiado bonita e interesante, llamada

Poncianita. En eso escuché ruido de caballos en el patio y antes de preguntar quién era, se fue presentando en medio de la sala Juan Largo; se dirigió a mí con los brazos abiertos y me halagó las orejas de esta suerte:

¡Mi querido Periquillo Sarniento! ¿Cómo te va, hermano?

Por dentro me puse furioso. Aquel maldito había descubierto, en un instante, ante todos aquellos señores y señoras decentes, mi sarna y mi periquería. Los cachetes y las orejas me ardían como si me los hubiesen estregado con chile.

Durante la comida se habló de muchas cosas que no entendí; pero después que alzaron los manteles una señora preguntó si habíamos visto la cometa y dijo que era señal de que sucedería algo malo.

_Ríase usted de eso –dijo un clérigo que estaba a la mesa–; los cometas son unos astros como todos. Si no, ahí está nuestro amigo don Januario, que sabe bien qué cosa son los cometas; él nos explicará...

Poncianita le pidió al muchacho que dijera qué era eso de los cometas, pero Juan Largo le respondió:

_Prima, ese encargo se lo puedes hacer a mi amigo Perico.

Y la muchacha me dijo:

_Usted, señor, quisiera me hiciera ese favor.

No me pude escapar; me determiné a darle gusto, pero no sabía ni por dónde comenzar.

_Pues, señores –les dije–, los cometas o las cometas, como otros dicen, son unas estrellas más grandes que todas las demás; tienen colas que son de dos colores, o blancas o encar-

nadas; si son blancas, anuncian paz o felicidad, y si son coloradas, como teñidas de sangre, anuncian guerras o desastres. El cometa de este tiempo tiene la cola blanca, y seguramente anuncia la paz. Esto es –le dije muy satisfecho– lo que hay acerca de los cometas. Está usted servida, señorita.

_Muchas gracias –dijo ella.

_No, no muchas –dijo un sacerdote–; porque el señorito, con el perdón suyo, no ha dicho palabra en su lugar, sino un atajo de disparates. Se conoce que no ha estudiado palabra de astronomía. Sepa usted que los cometas no son estrellas, ni se ven por milagro, ni anuncian guerras ni paces... –y siguió dándonos la explicación.

_Padrecito –le dije, cuando terminó–, la verdad es que yo soy un majadero. Usted me ha dado una lección que quiero aprovechar.

En eso nos llamaron para que nos fuéramos al herradero. Fuimos a un gran corral y entretuvimos la tarde mirando herrar los becerros y ganado caballar y mular que allí había. Volvimos a la sala de la hacienda, y el padre le dijo a don Martín:

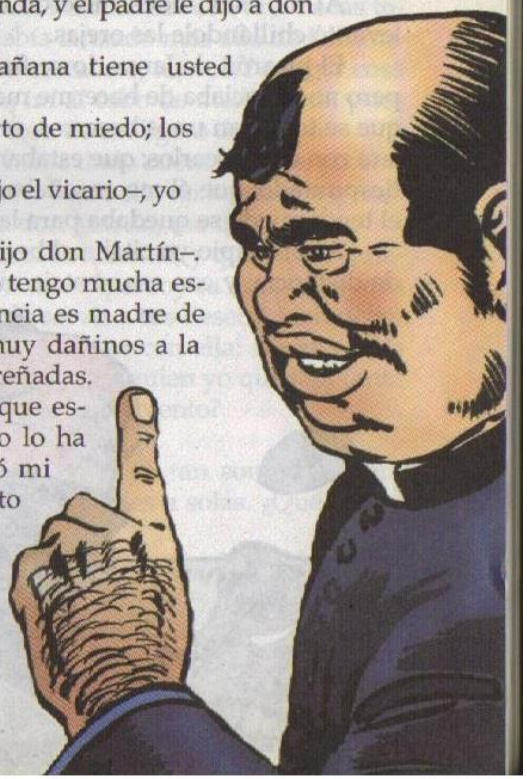
_¿Así que pasado mañana tiene usted eclipse de sol?

_Sí señor, y estoy muerto de miedo; los eclipses son el diablo.

_Amigo don Martín –dijo el vicario–, yo creo que no es así.

_¿Cómo no, padre? –dijo don Martín–. Usted sabrá mucho, pero yo tengo mucha esperencia y, ya ve, la esperencia es madre de la cencia. Los eclises son muy dañinos a la salú y hasta a las mujeres preñadas. Ora cinco años me acordé que estaba encinta mi mujer y, no lo ha de creer, hubo eclís y nació mi hijo Polinario con el labio roto porque se lo comió el eclís.

_No se engañe usted –dijo el vicario–; el eclipse a nadie se come ni perjudica y, si no, que lo diga don Januario.



_No hay remedio –contestó Juan Largo muy satisfecho, porque le estaban tomando su parecer–; el eclipse sí puede dañar a las criaturas.

_No me admiro –dijo el padre– de que su tío piense lo que piensa, pero me escandaliza que piense lo mismo un señor colegial. Según esto, dígame, ¿qué con los eclipses?

_Son aquellos choques que tienen el Sol y la Luna, en los que uno u otro salen perdiendo siempre, conforme es la fuerza del que vence.

El padre vicario protestó, y le dijo a don Martín:

_¿Qué pleitos, qué choques, qué influencias malditas quiere usted que produzcan los eclipses? Sepa usted que el mayor eclipse no le puede hacer a usted ni a sus siembras ni ganado más daño que quitarles una poca de luz por un rato. Un eclipse no es otra cosa que la interposición de la Luna entre nuestra vista y el Sol, y entonces se llama eclipse de Sol, o la interposición de la Tierra entre la Luna y el Sol, y entonces se dice eclipse de Luna.

Al oír esto, todos hicieron burla de Juan Largo, que se levantó chillándole las orejas.

El picarón de Januario se fingía el mejor de mis amigos, pero no se saciaba de hacerme mal. Una tarde de domingo en que se toreaban unos becerros, me metió en la cabeza que bajara con él a torearlos; que estaban muy chicos; que los habían despuntado; que él me enseñaba; que era muy divertido; que el tener miedo se quedaba para las mujeres.

Al principio yo citaba al becerro a tres o a cuatro metros de distancia, y con esa ventaja me escapaba fácilmente de su

enojo subiéndome a las trancas del corral. Pero les fui perdiendo el miedo: me fui acercando más y más, y en una de esas, de puntitas, se me puso atrás Juan Largo y cuando quise huir no pude, porque él hizo como que se tropezaba conmigo. Me alcanzó el becerro y levantándome en el aire, me hizo caer en tierra como un zapote.

Como el miedo es ligerísimo, me levanté en seguida, sin advertir que el golpe me había reventado los botones y las cintas de los pantalones, de manera que se me cayeron hasta los tobillos y quedé como con grilletes, sin poder dar un paso y en la más vergonzosa figura. Aprovechando que yo no podía correr, el maldito novillo repitió su golpe, con tal furia que me pareció que me había quebrado las costillas con una de las torres de Catedral y que me había lanzado más allá de la Luna. Al dar en el suelo tan furioso costalazo, no volví a saber cosa alguna de esta vida. Volví en mí al cabo de media hora, pues quiso Dios que no pasara la cosa de un ligero desmayo.

El malvado Januario se había dado cuenta de que yo veía a su prima con cariño e interés, y que ella no lo tomaba a mal. Un día que no estaba en casa don Martín, me dijo:

_Yo he notado que te gusta Poncianita, y que ella te quiere. Vamos, dime la verdad; ya sabes que soy tu amigo. Yo te lo pregunto porque sé que puedo servir a tus deseos. La muchacha es mi prima y no me puedo casar con ella; me alegraría que disfrutara de su amor un amigo a quien yo quisiera tanto como a ti. ¿Nunca le has dicho tu sentimiento?

_Jamás le he hablado de esto –le dije.

_Eres un pazguato. No te creía yo tan sonso. No tengas miedo. Yo te arreglaré que le hables a solas. ¿Qué dices? ¿Quieres?

El bribón se apartó por un corto rato, al cabo del cual volvió muy contento. Me dijo:

_Arreglado. Le dije que te mueres por ella y que quieres hablarle a solas. Tú sabes en qué recámara duerme, con su madre. Su cama está a la derecha, según entras. Esta misma

noche puedes ir a hablarle, entre las once y las doce, cuando la vieja está en lo más pesado de su sueño. Lo único que me encargó Poncianita es que no hagas ruido y que, si no está despierta, le toques la almohada, porque ella tiene un sueño muy ligero.

Pero Juan Largo ni palabra había hablado con su prima de mis amorcillos. Fue con su tía y le dijo que tuviera cuidado, porque él había notado que yo le hacía mil señas en la mesa a su hija y que ella me correspondía. Que algunas noches me había buscado en mi cama y no me había encontrado. Que mandara a Poncianita a otra recámara, con una criada, y ella se acostara en la cama de su hija. La señora le dio las gracias y a su hija una tremenda golpiza, según supe después.

Llegó la noche, cenamos, me acosté y me quedé dormido. Poco antes de la media noche, el perro de Januario, que se desvelaba por mi daño, viendo que yo roncaba alegremente, fue a despertarme.

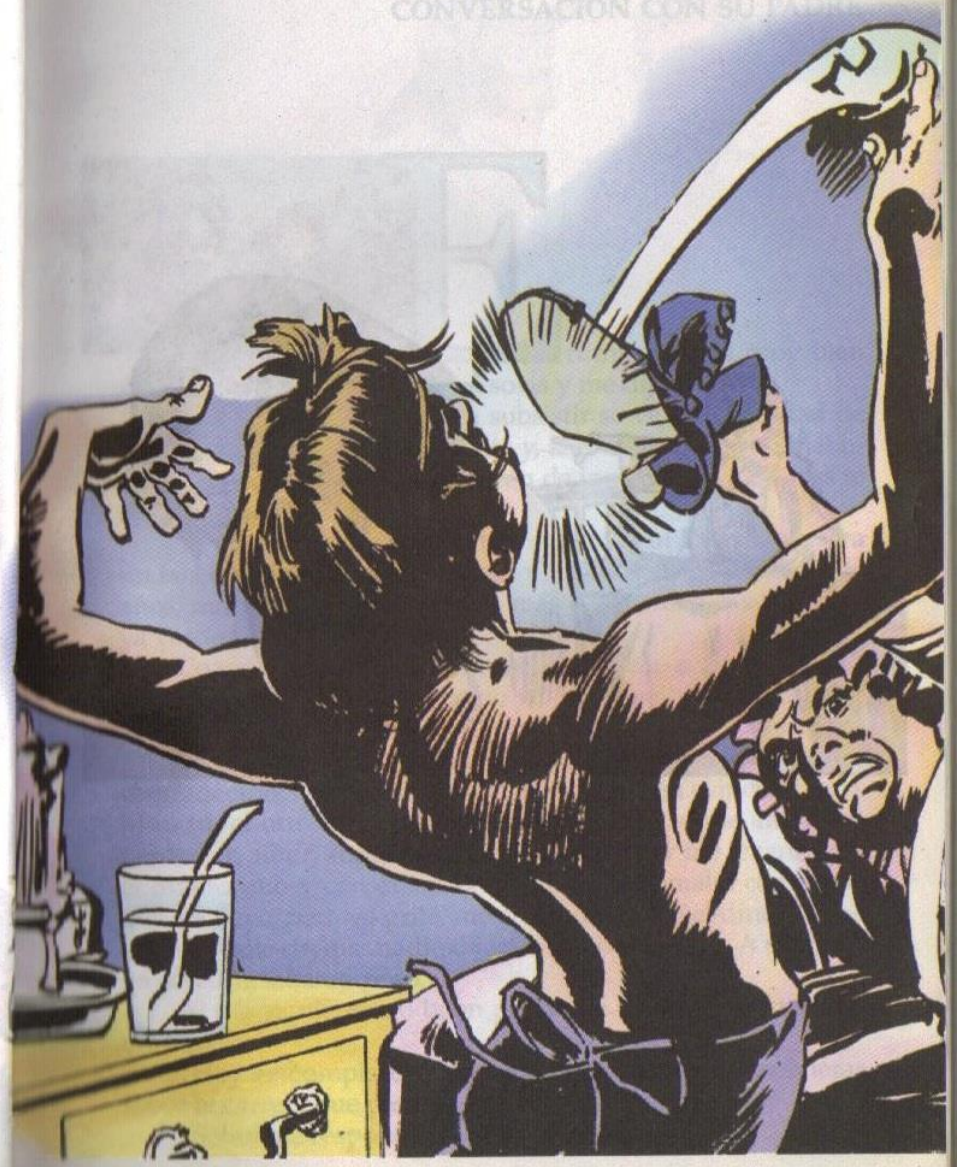
_Flojo, condenado –me dijo–, ¿cómo estás dormido? Anda, que ya son las once y Poncianita te espera.

Más de fuerza que de gana, me levanté en paños menores, descalzo, temblando de frío y de miedo. Entré a la recámara muy quedito, me acerqué a la cama, toqué la almohada... y la vieja madre me plantó tan furioso zapatazo en la cara que me hizo ver el sol a media noche. La buena vieja me agarró por la camisa, me sentó junto a ella y me dijo:

_Mocoso atrevido, pícaro, indecente, que osa llegar a la cama de una niña inocente, hija de unos señores que lo han favorecido. Agradezca que, por respeto a sus buenos padres, no hago que lo muelan a palos mis criados; mañana se me regresa usted a México.

Lleno de temor, me hinqué, lloré y supliqué que no le dijera nada a don Martín ni a mis padres. Me fui a la cama y vi que el indigno de Januario estaba riéndose debajo de las sábanas;

pero no me di por entendido. Al día siguiente, la señora hizo poner el coche y, pretextando no sé qué diligencia en la capital, hizo que me llevaran a casa de mis padres.



VUELTA A SU CASA Y UNA CONVERSACIÓN CON SU PADRE

En mi casa fui muy bien recibido. Mi padre me llamó a solas y me dijo:

_Un pobre como tú, para subsistir se ve en necesidad de ser sacerdote teólogo o canonista y, si es seglar, médico o abogado. No exijo de ti una resolución de inmediato. Ocho días te doy para que lo pienses bien.

Yo fui a consultar con un amigo, Martín Pelayo, que era un bicho casi tan pernicioso como Juan Largo, de unos veinte años, más jugador que Birján y más enamorado que Cupido; ya vestía hábitos clericales.

Cuando le informé de mis dudas se echó a reír y me dijo:

_Estudia para clérigo como yo. Es la mejor carrera. Mira: un clérigo es bien visto en todas partes; todos lo respetan aunque sea un tonto, y le disimulan sus defectos; nadie se atreve a contradecirlo; tiene lugar en el mejor baile y en el mejor juego. Mira tú, el otro día, en cierta casa de juego se me antojó no perder un albur, aunque me habían ganado, y me levanté con el dinero mío y con el ajeno. El dueño reclamaba con razón que era suyo; pero yo grité, me enojé, juré, cogí el dinero y me salí a la calle sin que nadie dijera esta boca es mía. A un clérigo jamás le falta un peso.

Al día siguiente mi buen padre me llamó a su estudio y me dijo:

_Hoy se cumple el plazo que te di para que resolvieras sobre la carrera que piensas seguir. ¿Qué has resuelto?

_Señor –le respondí–, he pensado ser clérigo.

ABANDONA LA TEOLOGÍA, Y SE METE A FRAILE

No tardé mucho en ver en la Universidad a mi amigo Pelayo y le conté que había resuelto estudiar teología.

_Será un perdedero de tiempo –me dijo–, ya que no te gusta estudiar. Vente conmigo. Arráncale a tu padre el dinero que puedas, y confía en mí. Te llevaré a varias casas de señoritas finas que tengo de tertulias. Te enseñaré a jugar billar, tresillo y albures. Pasarás buena vida.

Pelayo trató de inmediato de cumplir con lo ofrecido y me llevó a varias tertulias que frecuentaba con señoritas que se llamaban la Cucaracha, la Pisabonito, la Quebrantahuesos, y otras. Con tan buenas compañías salí un bailador incansable, refranero y atrevido.

Un año tardé en aprender todas esas engañifas; salí maestro, capaz de poner cátedra de chapuzas a lo decente; porque hay dos clases de chapucerías: una grosera y baja como la de los borrachos que juegan rayuela en una esquina. Y la otra, que se compone de muchachos extraviados que con sus capas, saquitos y perfumes son unos ociosos de por vida, tramposos y escandalosos en los bailes. De esta clase de pillería es de la que pude haber puesto una cátedra.

Mi padre, un día que yo no lo pensaba, me preguntó que cuándo eran mis exámenes. Yo le contesté que mi maestro no me había dicho nada; que se lo preguntaría. Pero mi padre me dijo que lo haría él mismo. Así lo hizo, y el maestro le contestó:

_Amigo, su niño no promete la más leve esperanza de aprovechar; no porque no tenga talento, sino porque le falta aplicación.

Durante la comida, mi padre no dijo una palabra. Cuando se alzaron los manteles y se dieron gracias a Dios, mi padre se retiró a dormir la siesta y me dijo muy serio:

_Esta tarde no vaya al colegio, que lo necesito.

Al rato salió mi padre, ya con sombrero y bastón, y me dijo:

_Tome usted la capa, y acompáñeme.

Ya en la calle, mi padre me reconvino:

_Amigo, ya estoy desengañado; ya sé que usted es un gran perdido, y yo no quiero qué se acabe de perder. Su maestro me ha dicho que es un vago, flojo y vicioso, y que no es para los estudios. Como yo tampoco quiero que ande de ladrón y acabe en la horca, ahora mismo escoge oficio para aprenderlo, o de aquí lo llevo a presentarlo ante el rey de la China para que lo tome de esclavo.

237 YELCO

No pude más que humillarme y suplicarle que me diese un plazo para informarme del oficio que me pareciera mejor. Mi padre me concedió tres días. Decidí ir a ver a mi caritativo preceptor y sabio amigo, Martín Pelayo. Le conté mis cuitas. Él me oyó con bastante seriedad y me dijo:

_Perico, la única escapatoria que tienes es meterte a fraile.

_Pues he venido –le dije– a suplicarte que le pidas a tu padre que te dé una recomendación para que me admita tu tío, el provincial de San Diego.

_Eso está fácil –me dijo Pelayo–; ven mañana temprano, que yo haré que mi padre escriba una tarjeta esta noche.

Con ese consuelo me despedí contento y regresé a casa.

Me fui temprano para el convento de San Diego, hallé al padre provincial sentado a su mesa y le entregué la carta de recomendación de su hermano. La leyó y, mirándome de arriba abajo, preguntó mil cosas. Luego me dio mi patente allí mismo, advirtiéndome que fuera mi padre a verlo.

Luego que llegué a la casa, entré a ver a mi madre y le mostré la patente de admisión al convento. Ella se volvió loca de gusto, creyendo que yo era bueno y que sería otro San Felipe de Jesús.

Cuando mi padre regresó, mi madre, llena de alegría, le contó mis intenciones y le enseñó la patente del padre provincial. Yo, por un agujerito de la puerta, estuve oyendo y fisgando toda la escena y vi que mi padre remiró tres veces la patente.

_¿Qué mejor prueba de virtud que esa patente? –decía mi madre.

_No, esta patente no prueba virtud –replicaba mi padre–; lo que prueba es que tuvo la habilidad para engañar al provincial. Todo ello me hace creer que estará en el convento apenas dos o tres meses.

A la noche me llamó mi padre a solas. Yo escuché su sermón con los ojos bajos y con tal modestia que ya parecía un novicio. Él me ofreció que iría por la mañana a ver al padre provincial. Así, al mediodía siguiente me dijo, delante de mi madre:

_Señor Pedrito, ya vi al provincial; ya está todo en orden. De aquí en ocho días tomarás el hábito.

Esos ocho días yo me ocupé en andar con Pelayo despidiéndome de mis tertulias, no con poco dolor de mi cora-

zón, pues sentía demasiada violencia en la separación de mis pecaminosas distracciones.

Yo todavía aspiraba a seducir a Poncianita, que frecuentaba mi casa. Mas la muchacha era virtuosa, discreta y juguetona y así, a todos los mimos que yo le hacía, me contestaba con mucho agrado, siempre haciéndome ver que me quería. Yo pensaba lograr alguna vez la conquista; ella, más honrada y viva que yo, pensaba que esta vez jamás llegaría, como en efecto jamás llegó.

En la fecha acordada me despedí de mi madre, tías y conocidas. Acabada la tanda de abrazos, lágrimas y monerías, nos dirigimos a Tacubaya, donde está el noviciado de San Diego. Se celebró la función, tomé el hábito, pero no me desnudé de mis malas cualidades.

Inmediatamente me incomodó lo áspero del sayal; llegó la hora de refectorio y me disgustó lo escaso de la cena; me fui a acostar y no hallaba lugar que me acomodara; por todas partes me lastimaba la cama de tablas. Daba vueltas y más vueltas y no podía dormir pensando en la Poncianita, en la Zorra, en la Cucaracha. Maldiciendo y renegando, me quedé dormido hacia las once y media; apenas había pegado los párpados, cuando entró en mi celda un novicio que me dijo:

_Hermano, hermano, levántese su caridad, vamos a maitines.

Abrí los ojos y me levanté echando sapos y culebras por dentro. Fui a coro, medio dormido y rezongando, acabé con mi tarea y volví a mi celda con ganas de un pocillo de chocolate, pero no había a quién pedírselo. Me venció el sueño al cabo de las cuatro de la mañana y me quedé dormido; pero, oh desgracia de flojos, apenas había comenzado a roncar cuando volvió a entrar el novicio que me vino a despertar para ir a prima.

Me levanté otra vez lleno de rabia, me fui al coro, y al cantar abría la boca, pero de hambre, deseando que se acabara la prima para ir a desquitarme con el chocolate. Cuál fue mi tristeza y enojo cuando dieron las seis, las siete, y no aparecía el tal chocolate, ni apareció en toda la mañana, pues me dijeron que era día de ayuno.

Muere el padre de Periquillo y éste sale del convento

Me fui acostumbrando poco a poco a sufrir los trabajos de fraile y los encierros de novicio, con la esperanza de que en cumpliendo seis meses fingiría una enfermedad para irme de allí.

No hacía cosa a derechas. Si salía a acolitar, estaba en el altar inquietísimo; mi cabeza parecía molinillo y no paraban mis ojos de revisar a cuanta mujer había en la iglesia. Si servía el refectorio, rompía los platos. Si me tocaba algún oficio en el coro, me quedaba dormido. Todo lo hacía mal, porque todo lo hacía de mala gana.

Ya estaba yo pensando de qué mal sería bueno fingir que me enfermaba, y habiendo escogido la epilepsia, ya iba a descargar sobre el corazón sensible de mi padre el golpe fatal, escribiéndole mi resolución de salirme, cuando llegó Januario y me dio la triste noticia de que mi padre se hallaba gravemente enfermo. Cinco días después vino a verme don Martín y previniéndome el ánimo con los consuelos que le dictó su caridad, me dio una carta de mi padre, y con ella la noticia de su fallecimiento. Al cabo de tres días abrí la carta, cuyo contenido leí tantas veces que se me quedó en la memoria, y por ser esto una digna herencia de su abuelo, se las quiero dejar aquí escrita:

"Amado hijo:

"¿Qué te podré dejar, sino escritas por mi mano trémula y moribunda aquellas mismas máximas que he procurado inspirarte toda mi vida? Hazles lugar en tu corazón y procura traerlas a la memoria.

"Ama a Dios, témelo y reconócelo por tu padre, tu señor y tu benefactor.

"Sé fiel a tu patria y respeta las autoridades establecidas.

"Pórtate con todos como quieras que se portaran contigo.

"A nadie hagas daño y jamás omitas el bien que puedas hacer.

"No aflijas a tu madre ni excites su llanto, porque las lágrimas que derraman las madres por los malos hijos claman ante Dios.

"Jamás desprecies los clamores del pobre, y hallen sus miserias abrigo en tu corazón.

"No juzgues del mérito de los hombres por su exterior, que éste es engañoso las más de las veces.

"Si profesares en esa santa religión, no olvides en ningún tiempo los votos con que te has consagrado a Dios.

"Si no profesas, guarda los preceptos del Decálogo cualquiera que sea el estado de tu vida. Ellos son pocos, fáciles, necesarios y provechosos. Están fundados en el derecho natural y divino. Lo que nos mandan es justo; lo que nos prohíben es en beneficio nuestro y de nuestros semejantes; nada tienen de violento sino para los abandonados y libertinos; y por último, sin su observación es imposible lograr ni la paz interior en esta vida, ni la felicidad eterna de la otra.

"Acuérdate, pues, de esto, y de que dentro de pocos días seguirás el camino en que va a entrar tu padre, cuya bendición con la de Dios te alcance por siempre. Adiós, hijo amado. A las orillas de la eternidad, tu amante padre, Manuel."

La carta me entristeció a ratos, pero no tuve disposición para recibir su saludable semilla. Pasaron quince días. Januario me dijo que le había contado a mi madre que yo estaba enfermo, y que ella estaba de acuerdo en que me saliera. Le avisé mi decisión al padre maestro de novicios, quien me escuchó con santa paciencia y me dijo que me fijara en lo que hacía. A otro día, entre nueve y diez de la mañana, el padre me despojó solemnemente de los hábitos.

Después de que descansé un rato en una banca de la Alameda, y me sacudí el polvo del camino que había hecho desde Tacubaya, me dirigía a mi casa, envuelto en mi capa y con mi pañuelo amarrado a la cabeza, cuando me encontré con uno de mis antiguos amigotes, quien me reconoció e iba acompañado de una de las coquetillas más atrevidas que yo había chuleado antes de entrar al convento.

Me preguntaron cuándo y por qué me había salido. Les dije que ese mismo día, por la muerte de mi padre y por mi enfermedad. Me lo tuvieron a bien, me llevaron a almorzar, comí a lo loco y bebí punto menos, con lo cual se disiparon mis tristezas.

Cuando llegué a la casa, mi madre comenzó a abrazarme y a llorar amargamente, pero me manifestó su contento por tenerme con ella. ¿Quién le había de decir que sus trabajos comenzaban desde aquel día, y que mi persona lejos de proporcionarle los consuelos y alivios que se prometía, le había de ser funestamente gravosa?

PERIQUILLO SE QUEDA SOLO

Seis meses estuve en mi casa haciendo una vida bien hipócrita: rezaba el rosario todas las noches, salía muy poco a la calle, no asistía a ninguna diversión, hablaba de la virtud y de cosas de Dios. Trataba de quedar bien con mi madre, para que confiara en mí totalmente y no me escaseara los pocos medios que mi padre le había dejado. Sin embargo, cansado de disimular la virtud que no tenía, deseando quitarme la máscara de una vez, un día le dije a mi madre:

_Señora, ya no tarda el día de San Pedro; es el de mi santo, y muy apropiado para quitarnos el luto.

Mi madre se resistía, porque habían pasado sólo seis meses desde la muerte de mi padre, pero insistí tanto que terminó por aceptarlo. Me mandó hacer un vestido de petimetre para ese día, y organizamos una comida, más una cena con bailecito para esa noche.

Llegó el tan deseado para mí 29 de junio. Los parientes y amigos llegaron como si los hubieran llamado con campanas; muchos que ni aun el pésame habían ido a dar a mi madre, se encajaron con la mayor confianza. Ya se deja entender que en primer lugar fueron mis íntimos amigos Januario y Pelayo, que llevaron a sus madamas que eran también mías. El olor del guajolote y del pulque de piña acarreó ese día una porción de gente. Se lamieron la comida, acabaron con la cena, cantaron, bailaron, retozaron, se embriagaron, ensuciaron toda la casa y hacia las doce de la noche algunos empezaron a retirarse, murmurando sobre la comida, o sobre el baile, o sobre

cualquier otra cosa de todo lo que habían disfrutado. En ese momento, Januario me dijo:

_¡Hombre, se nos está poniendo triste el baile, y tan temprano! Hay que alegrarlo con un ponche de aguardiente, azúcar y limones.

En cuanto aquella bebida empezó a surtir sus efectos, las mujeres escondieron la vergüenza y los hombres el miramiento. Con esto, unos diciendo simplezas y otros escuchándolas, se fueron quedando dormidos, por un lado y por otro. La señora mi madre ya se había recogido, bien temprano, encargándome que cuidara la casa. Yo aproveché la ocasión para hacer algunas bromas: a unos les tizné la cara, a otros les escondí varias cosas, a otros los cosí unos con otros y a todos les hice mil maldades.

Amaneció el día, abrí el balcón y entró el fresco. A vista de la luz y al sonido de las campanas y del ruido de la gente que andaba por las calles fueron despertando. Y mirándose unos a otros las caras no podían contener la risa, especialmente las mujeres, las que lo mismo fue levantarse que oír, con dolor de su corazón, tronar sus vestidos. Todos se marcharon y yo me fui a la cama. A las doce del día me levanté y hallé a la pobre cocinera hecha una furia:

_Mire usted, señora –le decía a mi madre–, todo el día se me ha ido en limpiar sus porquerías. ¡Jesús, cómo estaba todo! Era un asco. Un vómito en el comedor, una suciedad en la escalera, hasta la sala estaba hecha un chiquero.

Mi madre intentaba calmarla:

_Dice usted bien, nana Felipa, son unos indecentes, groseros y malcriados. Pero le empeño a usted mi palabra en que será la primera y la última.

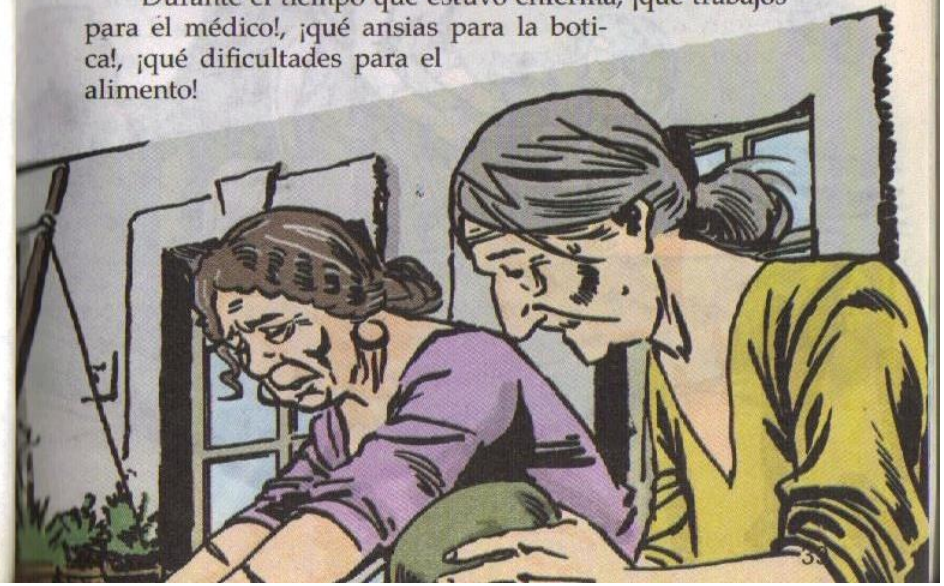
Preferí retirarme. Tomé mi sombrero y me salí para la calle. Volví a las nueve de la noche y hallé a mi madre algo seria. Extrañaba en mí tanta licencia. Le respondí que ya yo no era muchacho; que si salía y me detenía en la calle era para ver de qué cosa nos habíamos de mantener. Semejante respuesta entristeció a mi madre, pues se dio cuenta de lo que iba a ser de mí.

El dinerito que había en casa no me alcanzaba. Pronto me lo acabé. Nos mudamos a una vecindad, pero ni siquiera eso lo podíamos pagar. Tuve que poner a mi madre en un cuarto indecente. La pobre me reprochaba mis locuras, pero ya era tarde.

Se acabaron los dineros, vendimos las alhajas de mi madre y seguimos con el menaje de casa: hoy se vendía un cubierto, mañana otro, pasado mañana una repisa, otro día un ropero, hasta que nos acabamos los muebles y después la ropita de mi madre, que acabó en el Montepío.

Se cumplió la predicción de mi padre. A pesar de su cariño, que nunca le faltó para mí, mi madre terminó por darse cuenta de cuánto se había equivocado al oponerse a que yo aprendiera un oficio. Se cansaba de darme consejos. Yo le daba cada día nuevas pesadumbres y disgustos. Finalmente, acosada por la miseria, oprimida por el peso de mis maldades, cayó la infeliz en cama de la enfermedad de que murió.

Durante el tiempo que estuvo enferma, ¡qué trabajos para el médico!, ¡qué ansias para la botica!, ¡qué dificultades para el alimento!



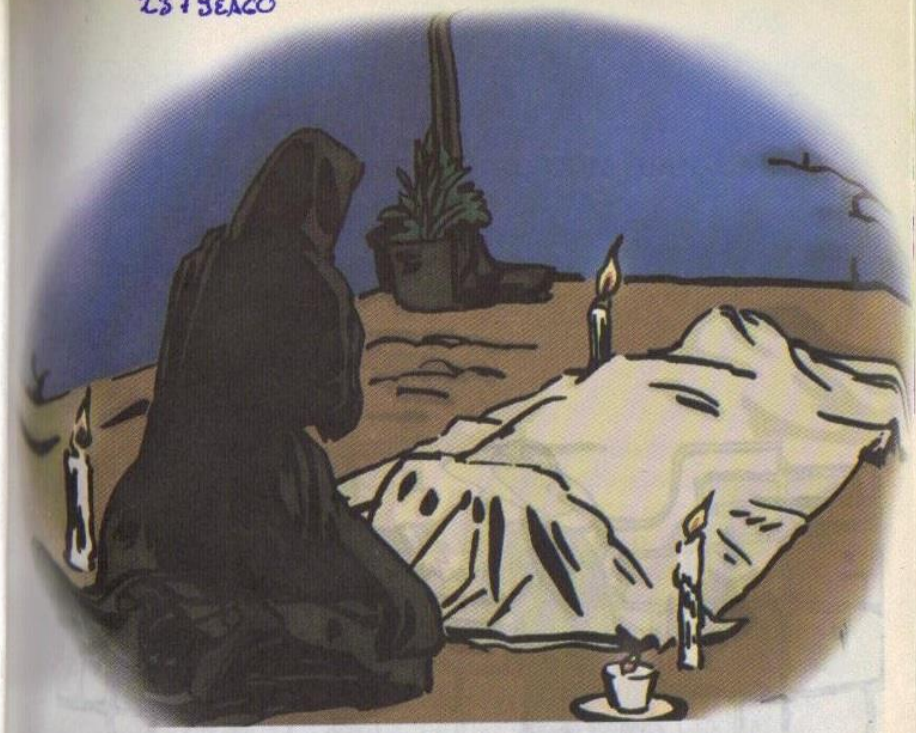
Y de todo se encargó la buena de la nana Felipa. Porque yo, pícaro como siempre, apenas iba a casa al mediodía y a la noche, a engullir lo que podía y a preguntar, como para cumplir, cómo se sentía mi madre.

Por fortuna, la fiebre que la acometió fue tan violenta que al día siguiente perdió el conocimiento. En los seis días que vivió, todo su delirio se redujo a darme consejos y a preguntar por mí, según me dijeron las vecinas. Finalmente mi madre expiró cuando yo no estaba en casa. Lo supe en la calle y no volví sino a los tres días, para no entender en los gastos del entierro, porque estaba sin un quinto.

A los tres días me fui apareciendo, como si no supiera nada, diciendo que había estado preso por un pleito; con más mentiras y cuatro lagrimillas les quité el escándalo a las vecinas y el enojo a la nana Felipa.

No puedo acordarme sin ternura de Felipa. Fue criada, hermana, amiga, hija y madre de la mía; la alimentó, le dio sus medicinas, la veló y la enterró. Cuando mi madre llegó al últi-

237 SEACO



mo extremo de pobreza, le dijo que buscara dónde colocarse, porque ya no podía pagarle su salario; llorando, la viejecita le respondió que no la dejaría hasta la muerte, y que hasta entonces le serviría, aunque no le pagara. Y así lo hizo. Aguantó los nueve días de luto en casa, dándome de comer en todos ellos. Luego, viendo mi sirvergüencería, me dijo:

_Pedrito, ya ves que no tengo de dónde me venga ni un medio; estoy en cueros y he sufrido la pobreza por servir al alma de mi señora, que de Dios goce. Pero ahora que ya se murió, es fuerza que me vaya a buscar mi vida, porque tú no tienes ni de dónde.

Diciendo esto, llorando como una niña, se fue para la calle. En medio de estas cuitas, entró el maldito casero, apurándome para que le pagara y amenazándome con ponerme en la cárcel. Ofrecí pagarle al otro día. El pobre lo creyó y me dejó. Yo no perdí tiempo. A otro día, entregada la llave a la casera, me salí a probar nuevas aventuras.

El encuentro con Juan Largo

El primer paso que di fue ir a tentar la paciencia de mis parientes, creyendo hallar entre ellos algún consuelo en mis desgracias. Pero me engañé. Todos fingían condolerse de mi suerte, pero ninguno me facilitó el más mínimo socorro. Iba temblando de cólera, cuando al volver una esquina vi venir a mi amigo Januario.

_¡Periquillo amigo! ¿Qué haces? ¿Qué es de tu vida?

Yo le conté mis cuitas, hartando de maldiciones a mis tíos.

_Y tú ahora –le pregunté–, ¿de qué te mantienes?

_De cócora en los juegos –me respondió–. Y si tú no tienes destino, acompáñame, que espero en Dios no morirnos de hambre.

_Pero dime, ¿qué cosa es ser cócora en los juegos?

_Así se les dice a los que van a ellos sin lana, sino a tratar de hacerse de dinero sin arriesgar un peso.

_Eso debe ser muy difícil –le dije–, porque según he oído decir, todo se puede hacer sin dinero, menos jugar.

_Mira –me dijo–: se toma un buen lugar y, sentado allí, uno está vigilando al montero para verle alguna carta, o sorprenderle alguna trampa; entonces lo descubre, y en esos casos algo le toca al denunciante.

O bien, procura uno marcar un naipe o tomar una moneda de otro y jurar por todos los santos que es de uno para apostarla. Así que, Perico, manos a la obra; sal de miserias y de hambres. También puedes comedirte a ayudar a barajar a otros, para que, si ganan, te den una gratificación. Tú no pierdes nunca, pues puedes esconderte algo del dinero del monte mientras baraja el compañero, fingiendo que uno se rasca, que se saca un cigarro, que se compone el pañuelo. También puedes tener en el juego un amigo de confianza, como yo, y cada vez que alguien se descuide le cambias unas monedas, tomando alguna de más. En este caso, salen separados, para no despertar sospechas, y en cierto lugar se juntan y se parten la ganancia.

_Y ¿dónde duermes?

_Unas veces me quedo de gorrón en los bailes y busco dónde dormir un rato. Otras me voy a una fonda y allí hago piedra. Otras, que son las más, las paso en los arrastraderitos, que son unos cuartuchos donde juegan los pillos y cuando llega algún inocentón lo dejan limpio; hasta los calzones le quitan. Allí se roba, se bebe, se juega, se jura y se maldice sin ningún respeto. En alguno de esos me quedó las más noches; le doy un real al coime y me presta alguna frazada llena de piojos, de las que se quedan empeñadas.

Nos anduvimos azotando las calles toda la tarde. A la noche nos fuimos al juego. Cada rato lo veía yo con dinero, ya suyo, ya ajeno. Cenamos, Januario pagó y nos fuimos al arrastraderito. Otros cinco pelagatos, medio encuerados y medio borrachos, estaban tirados por la mesa, las bancas y el suelo.

Como el cuarto era pequeño y los compañeros gente que cena sucio y frío y bebe pulque, estaban haciendo una salva de los demonios, cuyos pestilentes ecos remataban en mis pobres narices y, en un instante, no pudiendo mi estómago sufrir tales incensarios, arrojó todo cuanto había cenado.

A la ruidera de la evacuación despertó uno de aquellos lépperos y comenzó a echar sapos y culebras.

Januario me hizo señas de que me callara la boca, y nos acostamos los dos sobre la mesita del billar cuyas duras tablas, la jaqueca que yo me tenía, el miedo que me infundieron aquellos encuerados, los piojos de la frazada, las ratas que se paseaban sobre mí, un gallo que de cuando en cuando aleteaba, los ronquidos de los que dormían, los estornudos traseros que disparaban y el pestífero sahumerio que resultaba de ellos, me hicieron pasar una noche de perros.

_Sábete, Perico –me dijo Januario al mediodía siguiente–, que entre esta gente hacer la mañanita quiere decir desayunarse con aguardiente, y que al primer día de la semana le llaman San Lunes porque se abstienen de trabajar para curarse la borrachera con otra nueva. Y vámonos al juego, porque no tengo para comer, y no seas tonto: donde puedas afianza una apuesta y di que es tuya, que yo juraré por cuantos santos hay que te la vi poner.

Entramos al juego, tomamos buenos lugares, aquello se calentó, resolví armarme con una peseta al tiempo que la pagaron, Januario juró que me la había prestado, la jugué en cinco albures a la doble y cuando me vi con dieciséis pesos creí tener un mayorazgo.

Januario me pidió el dinero, sacó él cuatro pesos y una de sus barajas y se puso a tallar. Cuando el montecillo ya tenía como setenta pesos fueron entrando dos payitos muy decentes y bien rellenos de dinero. Empezaron a apostar de a veinte y veinticinco pesos, y comenzaron a perder.

Januario, muy socarrón, contó al rato trescientos y pico de pesos, le dio una gratificación al dueño de la casa, y lo demás lo amarró en su pañuelo. Comimos a lo grande y luego me dijo:

_Conviene que apartemos cincuenta pesos para los dos, y vámonos ahora mismo al baratillo a comprar una ropilla decente, con cuyo auxilio nos darán mejor trato en todas partes.

Fuimos y compramos camisas, pantalones, chalecos, casacas, capas, sombreros, pañuelos, zapatos y hasta relojes. Tomamos un cuarto en un mesón. A otro día salimos muy planchados. Como queríamos que nos vieran los conocidos, la primera visita fue a la casa de Martín Pelayo; pero éste ya era un cleriguito muy virtuoso y formal, que nos despidió a poco rato.

En seis meses que pasamos ganando casi todos los días, aunque fuera poco, aprendí todas las fullerías que Januario me enseñó y la pasamos como unos marqueses. Por fin se nos acabó la buena racha. Comenzamos a vender cuanto teníamos; a estar de malas, a mal comer, a desvelarnos sin fruto, hasta que nos quedamos como antes, o peor, porque ya nos conocían como tramposos y nos miraban a las manos con más atención que a la cara.

Para colmo de males, una noche Januario enredó a un payo para que pusiera un montecito, diciéndole que tenía un amigo muy hábil para que le tallara su dinero. El payo me dio cien pesos y me dijo:

_Amito, cuídelos, que yo le daré una buena gala si ganamos.

Me puse a tallar, según los consejos de mi endemoniadísimo maestro. En dos por tres se acabó el monte. El pobre payo estaba lelo. Lo único que decía, de vez en cuando, era:

_¡Mire, señor, qué desgracia! ¡Ni me divertí!

Pero no faltó un mirón que advirtió las chapuzas que yo había hecho, y le dijo al payo, con disimulo, que yo había entregado su dinero. Entonces el barbaján, con más viveza para vengarse que para jugar, me llevó a un mesón, se encerró conmigo en el cuarto y me dio tantos trancazos que me dislocó un brazo, me rompió la cabeza en tres partes, me sumió unas cuantas costillas, hasta que los demás huéspedes forzaron la puerta y me quitaron de sus manos. Pero yo quedé privado de sentido.

PERICO SUFRE EN EL HOSPITAL Y, CUANDO SALE A LA CALLE, JANUARIO LO INDUCE A QUE SEA LADRÓN

Volví en mí y me hallé en una cama del hospital de San Jácome, a donde me condujeron por orden de la justicia. Como las heridas de la cabeza eran muchas y bien dadas, no se podía detener la sangre fácilmente. Yo estaba tan débil y me desmayaba tantas veces, que se creyó que eran síntomas mortales. Yo no había querido comer nada ni dormir, pero un practicante que me tomó el pulso decretó que no moriría esa noche.

Con esa noticia se fueron a acostar los enfermeros. Me iba quedando dormido, cuando los ayes de un moribundo que estaba junto a mí interrumpieron mi sueño y pude percibir que con lánguida voz se auxiliaba solo el miserable, diciendo:

_¡Jesús, Jesús, ten misericordia de mí!

Les grité a los enfermeros:

_¡Amigos, levántense, que se muere un pobre!

Cuatro o cinco veces grité, y no me oían aquellos pícaros, o se hacían los dormidos, así que, a pesar de mis dolores, les tiré un jarro con tan buen tino que los bañé. Se levantaron hechos unos tigres y yo, valiéndome de que estaba enfermo, los amenacé con acusarlos con el virrey. Se espantaron aquellos flojos y me suplicaron que no avisara a sus superiores.

Entre tanto murió el infeliz, de suerte que cuando fueron a verlo ya era ánima. En cuanto aquellos enfermeros, o enfermadores, vieron que ya no respiraba, lo echaron fuera de la cama, calientito como un tamal, lo llevaron al depósito casi

en cueros y volvieron al momento a repartirse lo que el pobre difunto había dejado.

Por un yerro, me pusieron a mí en una cama que no me tocaba, donde un día antes había muerto de fiebre algún pobre y el médico, sin verme ni examinarme, sólo vio el número de la cama y, creyendo que yo era el que tenía fiebre, dijo:

_¡Cáusticos y líquidos!

_¿Cáusticos y líquidos? –exclamé– ¡Por María Santísima, que no me martiricen más! Ya que ayer no me mató el payo a palos, no quieran ustedes, señores, matarme hoy de hambre ni a quemadas.

A mis lamentos, hicieron ver al doctor que yo no era el que tenía fiebre, sino un herido.

Dos meses estuve yo mirando cosas que apenas se pueden creer. Ya estaba convaleciendo, cuando un día entró Januario envuelto en un sarape roto, con un sombrero de mala muerte, pantalones rotos y mugrientos y unos zapatos más viejos que el sombrero. Me dijo:

_Cuando salgas, búscame en el arrastraderito de aquella noche, porque no tengo otra casa por ahora.

Salí por fin, todo entelerido, enfermo y con harta hambre; me anduve asoleando todo el día. A las tres de la tarde me quité el saco en un zaguán y lo fui a empeñar. Después de que anocheció, me resolví a irme al maldito chiquero. Entré sin que nadie me preguntara nada. Como catorce o dieciséis gentes había allí, todos medio encuerados. Estando entre aquella familia, llegó Januario y me dijo:

_Cerca de aquí vive una viuda rica, sin otra compañía que una criada de no malos bigotes. Esa viuda ha de ser la que esta noche nos socorra. Aquí en la pandilla hay un compañero que le dicen Culás el Pípilo, gran amigo mío. Esta misma noche, entre diez y once, vamos a la casa, sorprendemos a las dos mujeres, y nos habilitamos de pesos y de alhajas. Todo está listo. Sólo nos falta un compañero que se quede en el zaguán mientras nosotros trabajamos. Nadie mejor que tú.

Yo traté en vano de convencerlo de que no lo hicieran. Al irse, Januario me abrazó, me dio su sarape y me puso al cuello un rosario diciéndome:

_Por si tal vez por un accidente no nos viéramos, ponte este rosarito para que te acuerdes de mí.

Embutido en una puerta y oculto a merced del poco alumbrado de la calle, observé que como a las diez y media llegaron Januario y el Pípilo. Abrieron con mucho silencio, emparejaron la puerta y yo me fui con disimulo a encender un cigarro en la vela del farol del sereno que estaba en la esquina. Apenas empezábamos a platicar, cuando oímos abrir un balcón y dar unos gritos terribles a la criada de la viuda:

_¡Señor sereno, señor guarda, ladrones; corra usted, por Dios, que nos matan!

El guarda luego luego se levantó, chifló lo mejor que pudo para llamar a sus compañeros y me dijo:

_Amigo, deme usted auxilio; tome mi farol y vamos.

Cogí el farol y él enarboló su garrote, pero mientras se escaparon los ladrones. Entre tanto llegaron otros dos guardas; y casi tras ellos una patrulla. Entramos en la casa. Lo primero que encontramos fue a la muchacha, llorando. El sargento de la patrulla, con dos soldados, los serenos y yo, que no dejaba el farol, entramos a la recámara, donde estaba la señora tirada en la cama, llena de sangre y sin dar muestras de vida. A poco rato llegaron casi juntos el médico y el confesor, a quienes fue a llamar un soldado. El médico se acercó y advirtió que la se-

ñora no estaba muerta, sino sólo privada, y que aquella sangre era un achaque mujeril.

Vuelta en sí del desmayo la señora, el sargento le pidió a la criada que viera qué faltaba. Ella registró la casa y dijo que sólo los cubiertos con que estaba cenando su ama y el hilito de perlas que llevaba al cuello. Le preguntó si conocía a alguno de los ladrones:

_Sí. Conozco a uno que se llama Januario, y este señor –dijo señalándome– lo ha de conocer mejor que yo. Mire su merced, ese sarape es del señor Juan Largo, que yo lo conozco bien, como que cuando salía a la tienda o a la plaza no más me andaba atajando, y ese rosario, ayer me lo quitó; en la bolsita que lleva atada ha de tener dos estampitas, una de San Andrés y otra de Santa Rosalía.

El sargento me lo hizo quitar, abrió la bolsita y halló las estampas que había dicho la muchacha. Al instante me trincaron codo con codo. Ya se deja entender qué noche pasé. Amaneció y me llevaron a declarar. Dije que me llamaba Sancho Pérez y que era natural de Ixtlahuaca. Unos cuantos fisgones se acercaron para indagar cuál era el motivo de mi prisión. Entre los que escucharon estaba un hombre de unos cuarenta años, de no mala presencia. Cuando me dejaron solo se acercó a mí y con afabilidad me dijo:

_Amiguito, ¿gusta usted un cigarro?

Me invitó a almorzar de lo que tenía. En su celda sacó un pedazo de queso y lo puso en mis manos. Le conté punto por punto mi vida y milagros, hasta la época infeliz de mi prisión.

_Don Pedro –me dijo–, no sé por qué, en cuanto le vi me formé idea de que tal vez lo había sepultado en estas mazmo-

237 SELCO

rras algún enemigo poderoso, como a mí. Ha de saber que me llamo Antonio Sánchez. Mis padres fueron de buena cuna y tuvieron su capital. Mi madre murió en el momento en que salí de sus entrañas. Mi amante padre me puso en el colegio. Las satisfacciones se me acabaron cuando él murió; quedé bajo la tutela del albacea, que en poco tiempo acabó con mis bienes. Yo tenía entonces dieciocho años y ninguna experiencia.

"Encargué que vendiesen mi cama, libros, manto, reloj, y obtuve ciento y pico de pesos y me fui para mi tierra a casa de una vieja tía. Seis días después entró un señor muy decente, y mi tía le dijo:

"_Este es Antoñito, nuestro sobrino. El pobrecillo anda buscando cómo ganarse la vida.

"_Ya conozco la historia –dijo el caballero, y en seguida me preguntó–. Amiguito, ¿sabe usted escribir razonablemente?

"Yo escribí en un papel no sé qué, y él, viendo que sabía alguna cosa, me propuso que me fuera con él a tierra adentro, donde tenía una hacienda y tienda. Me daría quince pesos cada mes el primer año, mientras me adiestraba, y además la comida y ropa limpia. Doce años viví con él, y le gané de tal modo la voluntad que fui su cajero mayor; él me llamaba hijo y yo le correspondía tratándolo de padre.

"Cuando falleció me dejó lleno de dolor, aunque heredero de ocho mil pesos. Fui a Veracruz, me dediqué al comercio, y en seis años ya mi capital ascendía a veinte mil pesos. Dos comerciantes ricos me propusieron que entrara a un contrabando que estaba a bordo de una fragata. Pero uno de los guardias que habían recibido dinero para autorizar el desembarco lo denunció. Cuando lo supimos, el cargamento estaba en tierra y decomisado; perdí todo mi capital en la operación.

"Murió la pobre de mi tía, que no pudo resistir este golpe. Vendiendo lo poco que me quedó, junté dos mil pesos, y con ellos comencé de nuevo a trabajar. En ese tiempo se me antojó casarme con una niña de Xalapa, tan hermosa de cara como gallarda de cuerpo..."

En esto iba la conversación de mi nuevo amigo, cuando lo interrumpieron unos gritos que decían:

_¡Ese nuevo, Sancho Pérez! ¡A la reja!

Salí de la celda y subí lleno de cólera. Después de hacerme jurar que diría la verdad, el secretario comenzó a preguntarme quién era yo, cómo me llamaba, cuántos años, qué oficio y estado tenía, de dónde era, cómo había adquirido el rosario de la muchacha y la amistad con Januario. Escribió como dos pliegos de papel e hizo que los firmara. Cuando bajé con mi amigo, me dijo:

_Esas preguntas que han hecho a usted se llama tomar la declaración preparatoria. Es menester que no se enrede o se contradiga cuando le tomen la confesión con cargos, que es el paso más serio del juicio. Yo creo que lo suyo va para largo porque causas como la suya, que no ofrecen ganancia a los escribanos, las dejan dormir.

_Eso quiere decir –repuse– que la mayoría de los escribanos son corruptos y engañan a los jueces cuando quieren.

_Yo mismo soy una prueba de eso –dijo don Antonio–. Dos años llevo en prisión por una injusta calumnia. Cierta noche, una señora de respeto invitó a mi mujer a un baile en su casa. El marqués de T. se enloqueció por mi esposa, se sentó junto a mí, platicamos sobre el comercio, le conté del contrabando que me decomisaron y mi plan de volverme a Xalapa y continuar con el comercio.

"_Amigo –dijo el marqués–, yo quiero ayudarlo. Espéreme usted mañana, entre once y doce.

"Al día siguiente, a la hora fijada, el marqués estaba en casa:

"_Amigo –me dijo–, he venido a cumplir mi palabra. Diez mil pesos tengo destinados para habilitarlo, para que vaya a la feria de San Juan de los Lagos. Se necesitan por lo menos seis días para buscar mulas y arrieros, doce días para que llegue usted a su destino; yo quiero que usted sea de los primeros en llegar a la feria.

"Le respondí que no tenía dónde dejar a mi esposa. Ella me dijo que podía ir conmigo.

"_No, no –dijo el marqués–. Yo tengo una tía, honrada, beata de San Francisco. Su esposa puede quedarse con ella.

"Como mi esposa aceptó la propuesta, nos fuimos a Chapultepec, donde el marqués tenía dispuesta la comida. A la tarde fuimos a parar a la casa de la señora tía, que ya estaba esperándonos, vestida con su hábito y tocas, un paño de rebozo fino de algodón y un rosario en la mano. Mi esposa me suplicó le dejase al mozo Domingo para tener un criado de confianza a quien mandar, si se le ofrecía alguna cosa."

En eso iba don Antonio, cuando bajó el alcaide para encerrar a los presos en sus calabozos. Me llevaron a la mazmorra más pequeña, sucia y llena de gente. Como a las seis de la tarde mis compañeros encendieron una velita, comenzaron a jugar y siguieron hasta las nueve. Una vez que se acostaron, comenzaron a burlarse de mí:

_¿Así que también usted ha caído en esta ratonera por tramposo?

Encogiéndome en mi sarape, hice como que me había dormido, pero cuando estaba en lo mejor de mi sueño, he aquí que comienzan a tirarme unos jarritos con orines; tantos y tan llenos, que en menos que lo cuento ya estaba yo hecho una sopa de meados. Finalmente se acostaron. A las seis de la mañana me salí

para ver si el sol secaba mis trapos. Me gritaron para que ayudara a sacar del calabozo el barril de las inmundicias, lo vaciara fuera y lo limpiara. No sé cómo no volqué las tripas en la operación. Cuando terminé, me fui al calabozo de mi buen amigo, quien continuó adelante con su historia:

_A mi honrada esposa se le preparaba la más terrible tempestad. Después de asediarla varios días, el marqués determinó quedarse en casa para poner en práctica sus inicuos proyectos. Mi fiel esposa bajó al cuarto de Domingo y le dijo:

"_Días ha que el marqués me enamora; esta noche parece que quiere quedarse acá, sin duda con malas intenciones; la puerta del zaguán está cerrada; no puedo salirme, aunque quisiera; mi honor y el de tu amo están en peligro. En ti confío, Domingo. Quiero que te ocultes en mi recámara, y que si el marqués se desmandare me defiendas.

"_Pues no tenga su merced cuidado. Yo le juro que sólo que me mate el marqués conseguirá sus malos pensamientos.

"Sin ser sentido, Domingo se ocultó bajo la misma cama de su ama. Mi esposa no quiso desnudarse ni apagar la vela, por lo que pudiera suceder. Serían las doce de la noche cuando el marqués entró de puntillas.

Domingo salió de debajo de la cama y abrazando al marqués por la piernas, lo hizo caer al suelo. Hincado sobre sus piernas, amenazando su vida con un puñal, le decía a mi esposa:

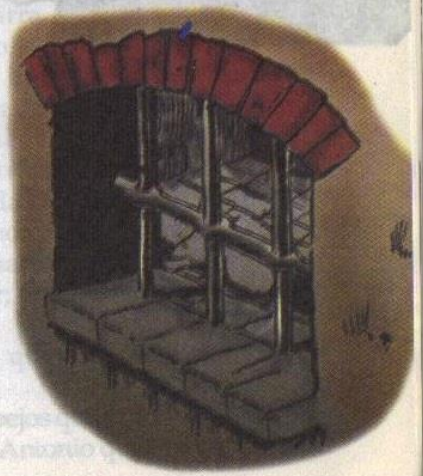
"_¿Lo mato, señora? Si mi amo estuviera aquí, ya lo hubiera hecho. Cuando lo sepa, me lo agradecerá.

"Mi esposa logró arrancarle el puñal de la mano y hacer que dejara al marqués en libertad. El marqués se levantó diciendo:

"_Estoy convencido de que si no tuviera esposo me amaría. Yo trataré de quitar ese obstáculo y, si usted no me corresponde, se acordará de mí: se lo juro.

"Domingo fue con la nana Casilda, que nos había lavado la ropa cuando estábamos en el mesón, y le dijo que le dejaba a mi esposa a su cuidado, porque él tenía que irse de la capital, pues su vida corría riesgo. La viejita fue con un virtuoso eclesiástico, y éste arregló las cosas de tal manera que a la noche durmió mi mujer en un convento.

"El marqués dispuso que yo volviera a México. Pasaron mis cargas la garita sin novedad, llegamos a casa del marqués, mandó éste descargar las mulas y, cuando comenzaba a rendirle cuentas, entró un lacayo con un recado: según decían, había yo intentado pasar una buena porción de tabaco, que debía ser manejado solamente por el gobierno. Así que me apresaron.



"Asaltó al marqués la enfermedad de la muerte, en cuya hora, convencido de su perversidad, y temiendo el terrible salto que iba a dar al otro mundo, entregó a su confesor una carta escrita y firmada de su puño en la que, después de pedirme un sincero perdón, confiesa mi buena conducta, y que todo cuanto se me había imputado había sido calumnia y efecto de una desordenada pasión. Esta carta ha sido entregada a los jueces, y de un día a otro espero mi libertad."

Don Antonio queda libre y Periquillo retorna con sus amigos

Una mañana, don Antonio bajó y me dijo, muy alborozado:

_Querido don Pedro, ya quiso Dios, por fin, que yo logre el goce completo de mi libertad. Yo trato de no perder momento en esta prisión para que mi buena esposa tenga cuanto antes la complacencia de verme libre y a su lado. Dejo a usted mi cama, y esa caja, con lo que tiene dentro, para que se sirva de ella entretanto la mando sacar de aquí.

Luego que se fue don Antonio, los pillos me codiciaron sus cosas. Sobre todo un mulatillo gordo, chato, cabezón y demasiadamente vivo y atrevido, que le llamaban Aguilita o Aguilucho por lo afilado de su garra. Éste fue el sujeto con quien yo trabé la más estrecha amistad. Ya se deja entender qué ejemplos, qué consejos y qué beneficios recibiría de mi nuevo amigo y de todos sus camaradas.

Desde el cuarto día de la ausencia de don Antonio, me llevaron de la calle un canastito con suficiente y regular comida, sin poder averiguar yo quién la mandaba. Yo comía casi siempre en compañía del Aguilucho o de alguno de sus cofrades. El Aguilita me decía a cada cuarto de hora:

_Amigo Perico, vamos a jugar; en la cárcel sólo bebiendo y jugando se puede pasar el rato.

Una vez le dije que iría, pero que estaba sin un peso. El Aguilita me contestó:

_¿Pues para qué quieres los trebejos que guardas en la cajita? Llegado el momento, le dirás a don Antonio que te los robaron.

Finalmente me convenció y nos fuimos a poner el montecito. Llegó el mandadero con una canasta bien habilitada de manitas en adobo, cecina en tlemole, pan, tortillas, frijoles y otras viandas. En medio de nuestro gusto nos acordábamos del pulquillo y su falta nos entristecía mas, al fin, se suplió con aguardiente de caña, y fueron tan repetidos los brindis que yo, como poco o nada acostumbrado a beber, me trastorné de modo que no supe lo que sucedió después.

Luego que amaneció, se levantaron los presos de mi calabozo, y yo el último de todos, aunque con bastante hambre, como que no había cenado la noche anterior. Mi primera diligencia fue ir a sacar una tablilla de chocolate para desayunarme. ¡Cuál fue mi sorpresa cuando abrí la caja y la encontré limpia! Yo sabía que el Aguilita había sido el principal agente de mi robo, pero hice como si no lo supiera, porque consideré que nada podría recuperar de lo perdido.

Un día que estaba espulgando mi andrajosa camisa llegaron a buscarme don Antonio y su esposa. Cuando me vio, me abrazó con cariño y su esposa me saludó con agrado. Me dijo que por qué andaba tan sucio y yo le dije que no tenía otra cosa que ponerme, pero él me replicó:

_Póngase la ropita que le dejé en la caja; es suya.

El alma me volvió al cuerpo con ese regalo. Después de decir eso se levantaron y se despidieron. Don Antonio me dio diez pesos y su esposa otros tantos. Luego que se fueron, el Aguilita me dijo:

_¿Cómo te fue? ¿Te creyó lo del robo?

_Bien –le respondí–. Mi buen amigo me regaló todo, y me dio unos pesos.

Entonces mi tierno amigo me provocó a jugar. Se compactó con otro y me dejaron sin un peso, sin colcha, ni colchón, sábanas, caja ni sarape. Ya que me vio reducido a la miseria, fingió pelearse conmigo. Desnudo y muerto de hambre, todavía sufrí algunos meses de prisión.

Una mañana, un pobre payo, también preso, llegó conmigo y me dijo:

_Yo, señor, quero que me haga el favor de escrebirme dos cartas.

Me puse a escribir los dos mamarrachos, que salieron como Dios quiso; pero al payo le gustaron tanto que me dio doce reales y un pedazo de trapo que algún día fue capote.

Pensaba yo que iba variando mi fortuna, pero el pícaro Aguilucho me sacó de este error con una bien pesada burla que me hizo:

_Pues ¿qué no sabe que está condenado –me dijo al otro día– a que le den doscientos azotes en la calle? Si tiene usted algún pariente que pueda ayudarlo, escríbale que le envíe setecientos pesos para contener al escribano.

Yo escribí la carta a mi tío, pidiéndole que me auxiliara, y se la mandé con el mandadero. Serían las diez de la mañana cuando fue entrando Chepito con la respuesta de mi tío. Decía: "Cuando lo saquen afrentado por ladrón, a mí no me importará nada".

La sensible impresión que me causó esta agria respuesta dio conmigo en tierra, postrado en una violenta fiebre. El médico, que por fortuna era hábil, hizo que me desengañara el mismo escribano, junto con el alcaide, de que no había tal sentencia. Con eso, mi salud comenzó a restablecerse. Cuando el escribano vio mi letra, me propuso que trabajara para él; me daría cuatro reales diarios. Me habilitó de ropa y zapatos. Este, mi primer amo, no sólo me socorrió en la cárcel, sino que me sacó de ella y me llevó a su casa.

237 YELCO

Cómo salió de la cárcel y por qué dejó la casa de Chanfaina

En quince días el escribano concluyó mi asunto y me fui a servirlo a su casa. Mi primer amo se llamaba don Cosme Casalla, y los presos le decían Chanfaina.

Una noche cayó un ladrón en manos de la justicia. Su hermana se llamaba Luisa y no era mal parecida; fue a ver a mi amo suplicándole la viese con caridad; que aunque era pobre, le agradecería este favor toda su vida. Al ver los ojillos llorosos de la suplicante, Chanfaina le ofreció su protección. Aquel criminal estaba condenado a ocho años de prisión, pero mi amo fue a la cárcel, lo puso en libertad y en lugar suyo dejó a un pobre indio que había caído preso por borracho.

Una tarde mi amo volvió muy contento. Venía con una nueva huéspeda que venía a ser nuestra compañera; era la hermana del ladrón que mi amo soltó. En cuanto entró, él me dijo:

_Periquillo, esta nueva criada viene de recamarera. Te vas a ahorrar quehacer. Cuídala y avísame de todo lo que hace.

Seis u ocho días hizo Luisa el papel de criada. Chanfaina disimuló al principio, hasta que la colocó a su lado. Los tres comíamos y cenábamos juntos. La muchacha era bonita, alegre, viva y decidora; yo era joven y mi amo casi viejo, gangoso, y todo lo rociaba de babas por causa de que no tenía dientes; además era celosísimo. Ya se deja comprender que no me costó mucho trabajo la conquista de Luisa. Pero como nada hay oculto que no se revele, al fin se descubrió nuestro mal proceder.

Una mañana se me antojó chupar un cigarro y fui a encenderlo a la cocina. Por desgracia estaba soplando la lumbre Lorenza, sobrina de nana Clara. Su tía había ido a la plaza, y comenzamos a chacotear. Luisa fue a buscarme y me reconvino:

_Muy bien, señor Perico, en eso se le va a usted el tiempo, en retozar con esta tal...

_Eso de tal lo serán ella y su madre –gritó Lorenza y, sin más cumplimientos, se afianzaron de las trenzas. Entró nana Clara y mirando a su sobrina bañada en sangre, arremetió contra Luisa diciéndole:

_Grandísima cochina, lame platos, piojo resucitado, agora vas a ver quién es cada cual.

Yo me fui sobre la vieja a pescozones, se quebraron las ollas, se derramó la comida... En medio de esta función llegó Chanfaina y comenzó a tomarnos la declaración. Lorenza, inocente, le dijo a su amo que aquello había sido violencia de mi amiga, por celos de mí. Mi amo me miraba con ojos de loco furioso. Yo eché a correr por la escalera y no paré hasta que lo perdí de vista.

La acogida que le hizo un barbero, por qué salió de su casa, su acomodo en la botica y cómo salió de ésta

No paré hasta llegar a la Alameda. Estaba sentado a la orilla de una zanja, cuando pasó junto a mí un viejo que se entretenía en sacar sanguijuelas con un chiquihuite. Me saludó y, al oír mi voz, me echó los brazos al cuello y me dijo:

_¡Pedrito de mi alma! Yo te conozco y conocí a tus padres. Me llamo Agustín Rapamentas. Afeité al difunto don Manuel Sarmiento, tu padrecito, muchos años. ¿Qué haces aquí, hijo, y en ese estado?

_¡Ay, señor! –le respondí– Mi madre murió y los acreedores me embargaron. Yo me he mantenido sirviendo, y hoy el amo que tenía, porque la cocinera echó el caldo frío y yo lo llevé así a la mesa, me tiró un plato, me rompió la cabeza, agarró un cuchillo y corrió tras de mí, que a no tomarle yo la delantera, no le cuento mi desgracia.

El barbero me llevó a su casa. Su familia se componía de una buena vieja llamada Casilda, y del aprendiz. Yo me comedí a limpiar los paños y a tener la bacía, que se usaba para rapar a los clientes o para hacerles sangrías.

Una ocasión que el maestro no estaba en casa, por ver si estaba algo adelantado, cogí un perro con la ayuda del aprendiz y lo rasuré. Engreído con esta primera prueba, me determiné a hacer otra con un pobre indio hasta que el infeliz, no pudiendo sufrir mi áspera mano, se levantó, me dio medio real y se fue medio rapado. Todavía me atreví a sacarle una muela a una vieja: le di un estirón tan fuerte y mal dado que

le quebré la muela, lastimándole terriblemente la quijada. Cubriéndome de insultos se salió para la calle, sin querer ni volver a ver el lugar del sacrificio.

Andrés, el aprendiz, un día que estábamos conversando me dijo:

_Ya llevo aquí dos años y no sé nada. Todo el día se me va en hacer mandados aquí y en casa de doña Tulitas, la hija de mi maestro; y allí pior, porque me hacen cargar al niño, lavar pañales y fregar todos los trastes.

_Hermano Andrés –le respondí–, eres tan flojo como el hijo de mi madre. Dios los cría y ellos se juntan.

_Sepa usted –me dijo Andrés– que lo que no aguanto son dos cosas: la una, que el oficio no me lo enseñan, y la otra, el genio que tiene la maldita vieja.

_Así es –dije yo–. Es el mismo diablo. Es majadera, regañona y mezquina. ¿Qué cosa buena ha de hacer, con su cara de sábana encarrujada y su boca de chancleta?

La casa era una accesoria con un altito y la dicha escuchó toda la conversación e irritada cogió una olla de agua hirviendo y me la echó en la cabeza diciendo:

_¡Pues, maldito, fuera de mi casa!

Tomó el cuchillo del brasero y se fue sobre mí; pero quiso Dios darme valor para correr, y me puse lejos de su furor.

A las ocho de la noche estaba yo en el Portal de las Flores y me acordé del arrastraderito de Juan Largo: me metí en el juego y, a las nueve, cuando se fueron todos menos el coime, le dije:

_Señor, no tengo dónde quedarme.

Se compadeció de mí, y me prometió que hablaría con su amigo el boticario, que andaba buscando un mozo, a ver si me acomodaba en su casa. Llegamos a la botica, me presentó al amo, quien me hizo veinte preguntas, y me quedé en su casa con un salario asignado de cuatro pesos mensuales y comida.

Permanecí dos meses como mozo, ayudando en cuanto podía, a satisfacción del amo y del oficial. Un domingo, el amo me preguntó:

_¿Sabes escribir?

Cuando vio que sabía hacerlo, y aun en latín, me dijo:

_Pues bien, hijo, desde hoy eres aprendiz.

Yo le agradecí el ascenso.

Había en aquella época en esta capital un médico viejo a quien llamaban por mal nombre el doctor Purgante, porque a todos los enfermos decía que facilitaba la curación con un purgante. Mi maestro enviaba cuantos enfermos podía al doctor Purgante, y éste dirigía a todos sus enfermos a nuestra botica. Así, unos y otros hacíamos muy bien nuestro negocio. El dicho médico me conocía muy bien, se había enamorado de mi letra y genio, y no faltó ocasión en que me dijera:

_Hijo, cuando te salgas de aquí, avísame, que en casa no te faltará qué comer ni qué vestir.

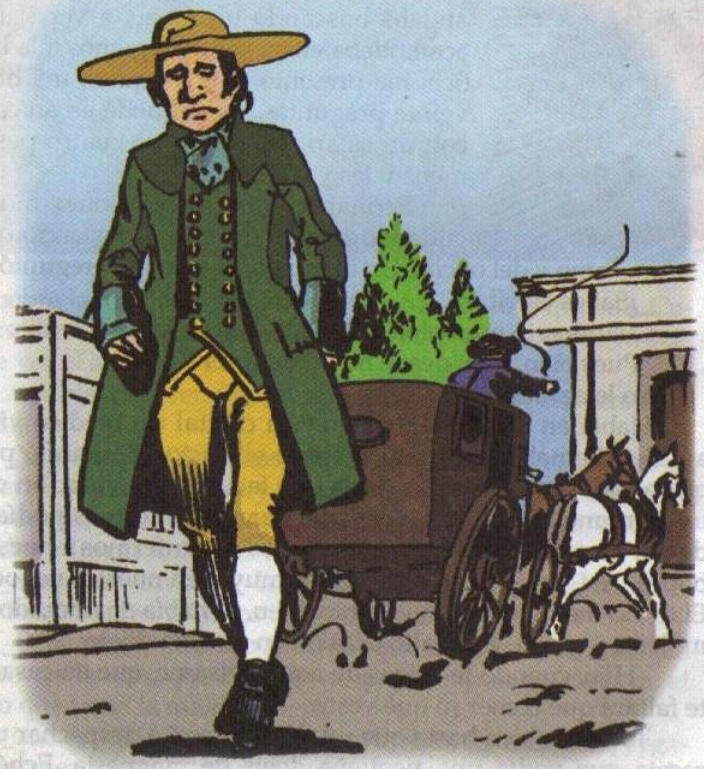
Todo fue bien hasta que un día me metí a despachar una receta que pedía una pequeña dosis de magnesia. Eché el agua en la botella y el jarabe, y por coger el bote donde esta-

ba la magnesia cogí el en donde estaba el arsénico. El infeliz enfermo, acosado de unos dolores infernales, alborotó la casa, llamaron al médico que probó lo que había en el vaso y gritó:

_¡Lo han envenenado! Esto no es magnesia; esto es arsénico.

En cuanto vió al enfermo fuera de peligro, el médico fue a la botica y le echó la culpa a mi amo. El pobre de mi amo, mirándome indignado, pagó una multa. Yo saqué mi capotillo, mi sombrero y huí.

Pasando la noche hoy en este truco y mañana en el otro, pasé veinte días, hasta que decidí ir a servir al doctor Purgante.



Llega Periquillo con el doctor Purgante, aprende a su lado, lo roba, sale corriendo y llega a Tula, donde se finge médico

El doctor Purgante era alto, flaco de cara y piernas y abultado de panza; de boca grande y despoblada de dientes. Hablaba mitad en latín, mitad en español. Era calvo y por eso usaba en la calle un peluquín de bucles. Luego que entré me conoció y me dijo:

_Ya sé la turbulenta catástrofe que te pasó con tu amo el farmacéutico.

_Es verdad, señor –le dije–; no había venido de vergüenza.

_¡Qué estulticia! –exclamó–; la verecundia (vergüenza) es optime bona (muy buena) cuando la origina crimen de cogitato, mas no cuando se comete involuntarie. En fin, hijo carísimo, ¿quieres quedarte en mi servicio y ser mi consodal perpetuum (consuelo para siempre)?

_Sí señor –respondí.

_Pues bien. En esta domo (casa) tendrás in primis (en primer lugar) el panem nostrum quotidianum (pan nuestro de cada día); aliunde (además), lo potable necesario; tertio (en tercer lugar), la cama; quarto, los tegumentos exteriores heterogéneos de tu materia física (la ropa); quinto, asegurada la parte de la higiene que apetecer puedas, pues aquí se tiene mucho cuidado con la dieta. Sexto, beberás la ciencia de Apolo, dios de la medicina, ex ore meo, ex visu tuo y ex bibliotheca nostra (de mi boca, de tu vista y de nuestra biblioteca); postremo (por último), contarás cada mes para tus surrupios o para quodcumque vellis (para cigarros o para lo que quie-

ras) quinientos cuarenta y cuatro maravedís limpios de paja y polvo, teniendo por toda obligación solamente hacer todos los mandamientos que ordene la señora, mi hermana; observar cuándo estén las aves gallináceas para oviparar y recoger los albos huevos; servir las viandas a la mesa y, finalmente, lo que más te encargo, cuidar de la refacción de mi mula, a quien deberás atender y servir con más prolijidad que a mi persona.

Siete u ocho meses permanecí cumpliendo con mis obligaciones. Tanto mirar las estampas anatómicas, observar los remedios que mi amo recetaba a los enfermos, y las lecciones verbales que me daba, me hicieron creer que ya sabía medicina. Un día que me riñó ásperamente y aun me quiso dar de palos porque se me olvidó darle de cenar a la mula, prometí vengarme. Esa misma noche di a la doña mula ración doble de maíz y cebada, y cuando toda la casa estaba en lo más pesado de su sueño, la ensillé con todos sus arneses, hice un bulto con catorce libros, una capa, una peluca vieja, un formulario de recetas, los títulos y la carta de examen del doctor Purgante. Me llevé también una alcancía que era de la hermana, con cuarenta duros.

Me hospedé en un mesón. Estaba pensando a qué pueblo dirigiría mi marcha, cuando se acercó a la puerta un muchacho a pedir por Dios un bocadito. Al punto que lo vi, conocí que era Andrés, el aprendiz del barbero. Yo le hice creer que me acababa de examinar en medicina y que andaba buscando un pueblo donde hacer fortuna, porque en México había más médicos que enfermos. El pobre muchacho me contó lo mal que le había ido con la vieja después de que me fui, y me rogó que lo llevara en mi compañía; que nos fuéramos a Tula, donde no había médico.

A los dos días de llegar a Tula, luego que descansé, me informé de quiénes eran los vecinos principales. A todos les envié recado, ofreciéndoles mis servicios, y los visité de noche vestido de ceremonia, con capa y peluca. Para que me viera el común del pueblo, el domingo me presenté en la iglesia y creo que nadie oyó la misa por mirarnos. Lo cierto es que no cesaban de preguntar a Andrés quiénes éramos. Y él les decía:

_Este señor es mi amo. Se llama el doctor don Pedro Sarmiento; soy su mozo, me llamo Andrés Cascajo y soy barbero, muy capaz de sacarle sangre a un muerto y quitarle una muela a un león.

Corrió la noticia y de todas partes iban a consultarme. Por fortuna, los primeros que me consultaron fueron de aquéllos que sanan aunque no se atiendan; pero lo que me encumbró a los cuernos de la luna fue una curación que le hice al alcabalero, el encargado de cobrar los impuestos.

Entramos a la recámara y vimos al enfermo con todos los síntomas de un apoplético. Andrés le ligó los brazos y le dio en las venas dos piquetes que parecían puñaladas; al cabo de haberse llenado dos porcelanas de sangre, abrió los ojos el enfermo y comenzó a conocer a los circunstantes y a hablarles. Inmediatamente hice que Andrés aflojara las vendas y cerrara las heridas. Le receté su dieta para los días siguientes. Todos me dieron las gracias y, al despedirme, la señora me puso en la mano una onza de oro.

Me llamaron una noche para la casa de don Ciriaco Redondo, el tendero más rico, quien estaba acabando de cólico. Le hice mil preguntas, me informé que era muy goloso. Mandé cocer malvas con jabón y miel. El triste enfermo bebió la asquerosa poción y con eso tuvo para volver la mitad de las entrañas; pero se fatigó demasiado. Entonces hice que Andrés llenara la jeringa y le mandé franquear el trasero. Al cuarto de hora hizo una evacuación copiosísima e inmediatamente se alivió. Me colmaron de gracias, me dieron doce pesos, y yo me fui a mi posada con Andrés.

237 SERCO

PERICO CUENTA SU MALA MANO EN UNA PESTE Y CÓMO SALIÓ DEL PUEBLO

Con estas dos estupendas curaciones comenzó el vulgo a celebrarme a boca llena, porque decían: "Pues los señores principales lo llaman, sin duda es un médico de lo que no hay". Lo mejor era que también los sujetos distinguidos se clavaron y no me escasearon sus elogios. A medida de lo que crecía mi fama se aumentaban mis monedas, y a proporción de lo que éstas se aumentaban, crecían mi orgullo, mi interés y mi soberbia.

Sin embargo de mi ignorancia, algunos enfermos sanaban por accidente, aunque eran más sin comparación los que morían por mis mortales remedios. Con todo esto, no se minoraba mi crédito porque los más que morían eran pobres, porque ya había yo criado fama, y porque los que sanaban alababan mi habilidad, y los que morían no podían quejarse de mi ignorancia.

Llegó entonces a Tula un barbero que los principales habían solicitado, el maestro Apolinario, y cuando Andrés lo vio trabajar, con más juicio que yo, un día lo fue a ver, le contó su aventura y le pidió que lo tomara como aprendiz. Comprendí que Andrés tenía razón: le pagué su salario, le regalé seis pesos y lo dejé ir.

En esos días me llamaron de casa de un viejo reumático, a quien di seis o siete purgas, le estafé veinticinco pesos y lo dejé peor de lo que estaba. Lo mismo hice con otra vieja hidrópica, a la que abrevié sus días con ruibarbo, maná y dos libras de cebolla albarrana.

Así pasé otros pocos meses más, hasta que acaeció en aquel pueblo, por mal de mis pecados, una peste del diablo, que jamás supe comprender; porque les acometía a los enfermos una fiebre repentina, acompañada de basca y delirio, y en cuatro o cinco días tronaban.

Por fin, y para colmo de mis desgracias, me tocó atender a la gobernadora de los indios. Le di el tártaro, expiró, y a otro día, que iba yo a ver cómo se sentía, hallé la casa inundada de indios, indias e inditos que lloraban a la par. Apenas me vieron, comenzaron a levantar piedras y a tirármelas con gran tino, diciéndome en su lengua: "Maldito seas, médico endiablado. Vas a acabar con el pueblo".

Yo apreté los talones a la mula, corrí como una liebre y, con tanta carrera, a los dos días la mula se me cayó muerta. Vendí la silla en lo primero que me dieron, tiré la peluca en una zanja, y a pie, con la capa al hombro, llegué a México.

La espantosa aventura del locero y la historia del trapiento

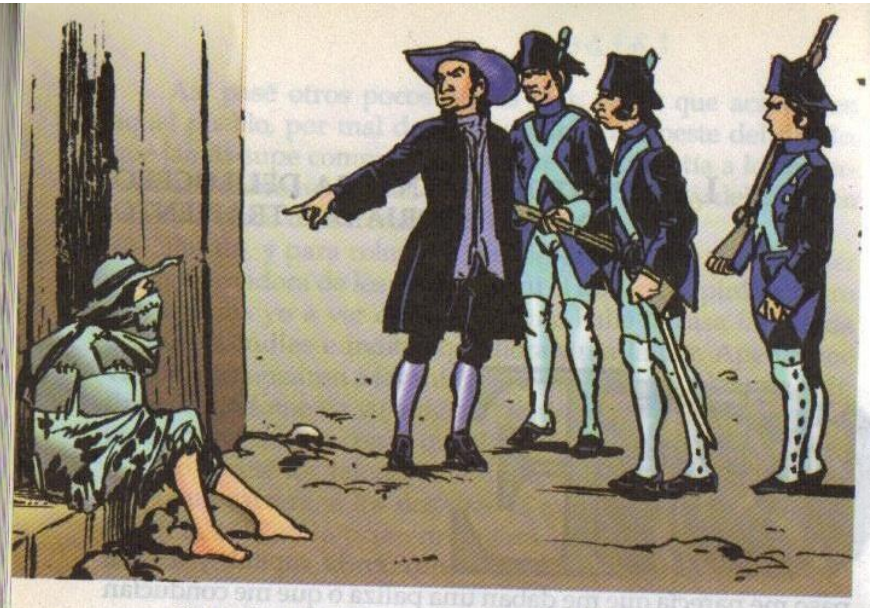
Entré en la capital, y a cada paso me parecía que me daban una paliza o que me conducían a la cárcel. Cualquiera que encontraba de negro me parecía que era Chanfaina; cualquiera vieja me asustaba, figurándome a la mujer del barbero; cualquier botica, cualquier médico... hasta las mulas me llenaban de pavor, pues todo me recordaba mis maldades.

En la misma tarde fui a un baratillo para deshacerme de la capa del doctor Purgante, esa prenda ridícula, prueba de mis fechorías. Para mi desgracia, el doctor le había avisado al baratillero del robo y le había pedido que si se le llevaban la capa la recogiera.

_Amigo –me dijo–, esta capa puede ser del doctor Purgante.

Yo respondí que podía jurar que la capa ni era mía, ni la había comprado, sino que me la habían dado a vender. El baratillero le dijo entonces a un amigo suyo que fuera conmigo y no me dejara hasta que yo entregara al que me había dado a vender la capa.

Partí, acompañado de mi alguacil, a quien anduve trayendo ya por esta calle, ya por la otra, sin acabar de encontrar al ladrón, hasta que la adversa suerte me deparó sentado en un zaguán a un pobre embozado en un capote viejo. Luego que lo vi tan trapiento lo marqué por ladrón, y mi policía honorario lo creyó en seguida, fue por unos guardias y prendimos al trapiento. El desdichado dijo:



_Señores, me entrego, pero ¿qué he hecho? –y cuando supo que lo acusaban de ladrón comenzó a quejarse diciendo que lo estaban juzgando sólo por la pobreza de su traje.

_El señor –decía yo– lo quiere negar; pero él me dio a vender la capa.

Los soldados lo ataron, se lo llevaron a la cárcel y a mí me dejaron en libertad. Iba yo distraído, cuando oí que a mis espaldas gritaban:

_¡Atájenlo, Atájenlo!

Pensé que se había aclarado el asunto y venían a atraparme. Eché a correr como una liebre; al doblar una esquina no vi a un indio que iba cargando su loza; lo atropellé y caí sobre las ollas y las cazuelas, al tiempo que pasaba un caballo desbocado, que era por el que gritaban. El demonio del indio, tomándome del pañuelo que yo traía al cuello, me decía lleno de coraje:

_Agora lo veremos si no me lo pagas mi loza.

Un buen puñetazo le planté en las narices y él comenzó a retorcer mi pañuelo, que ya me ahogaba, y con la otra mano cogía ollitas y cazuelas muy aprisa y me las quebraba en la cabeza. Con un par de culatazos que sentimos cada uno en el lomo, nos apartamos. Informado por el indio de mi mala obra, un sargento me dijo:

_¡Páguele con su saco, que bien vale la mitad!

El indio lo recibió no muy a gusto, porque no sabía cuánto valía, y se marchó. Esa noche, iba yo distraído cuando, al pasar por una accesoria, un hombre que estaba en la puerta me agarró por el pañuelo, de un tirón me hizo entrar y cerró. Muy enojado, me dijo:

_Bribonazo, ¿no me conoce?

Yo, lleno de miedo, le decía:

_No, señor, sino para servirle.

_¿No me conoce? –repetía él, enojado– ¿No se acuerda de mí?

En eso salió una viejecita con una vela y, asustada, exclamó:

_¡Ay, hijo! ¿Quién es éste? ¿Es un ladrón?

_Yo no sé lo que será, señora –decía él–, pero es un pícaro y ahora que hay luz quiero que me vea bien la cara y diga si me conoce.

La claridad de la vela me hizo conocer al que había acabado de calumniar. No pude dejar de confesar mi maldad, y lleno de temor me le arrodillé suplicándole que me perdonara. Le dije que la capa era robada, y que me la había dado el sobrino del médico, que era mi amigo, y que yo, por protegerlo, había echado esa mentira contra él.

_Pero, ¿qué motivo tuvo para levantarme este testimonio a mí, y no a otro alguno?

_Señor –le respondí–; la verdad es que no tuve más motivo que ser usted el primer hombre que vi solo y de pobre ropa.

_Está muy bien –dijo el trapiento–; y como usted se ha figurado que todos los que visten pobremente son criminales, no le extrañará que sean de mal corazón y vengativos.

Diciendo esto, se puso a hablar con la viejecita en secreto, después de lo cual ésta sacó un canastillo y se fue para la calle. Yo sentí mucho miedo y volví a arrodillarme.

_Basta, amigo –me dijo–; yo no quiero lastimarlo. Quiero darle una idea de la venganza que voy a tomar.

Me sentí más tranquilo, le conté dos mil mentiras que él creyó de buena fe, y luego le pedí que me contara su historia.

_Yo, señor, soy víctima de la nefasta institución del mayorazgo. Es una injusticia que los padres prefieran al primogénito a sus otros hermanos, siendo todos hijos suyos. Cuatro hermanos fuimos: Damián el mayorazgo, Antonio, Isabel y yo, que llevo por nombre Tadeo. Damián, ensoberbecido con el dinero y los malos amigos, se entregó a todos los vicios y hoy anda de juego en juego y de taberna en taberna, sucio, desaliñado y medio loco. Mi hermano Antonio, como que entró en la Iglesia sin vocación, sino en fuerza de empujones de mi padre, ha salido un clérigo tonto, relajado y escandaloso. Mi hermana Isabel... ¡pobre muchacha! Para que no estorbara a Damián, mi padre la hizo entrar en religión contra su voluntad. No le importó que ella le dijera que quería casarse con Jacobo, un joven que era igual a ella en cuna, educación y edad. Muchacho honrado, de gallarda presencia y que la amaba. Mi padre, luego que lo supo, la riñó con la mayor aspereza y le dijo que a ella sólo le tocaba obedecer y callar. A los tres días, Isabel ya estaba en el convento. El joven le escribió, pero mi padre recogió la carta antes de que llegara a manos de la novicia y le armó al pobre un laberinto de calumnias que lo obligaron a irse de México. Luego le envió a mi hermana una carta con el nombre del joven, que la cubría de insultos y terminaba diciéndole que se había casado. Mi hermana cayó en la mayor desesperación. Pocos meses después profesó y fue víctima en seguida de una fiebre tan maligna y violenta que en siete días la separó del número de los vivientes. Desde aquel día mi padre se encerró en su recámara; la negra melancolía llenó de opacidad su corazón y dentro de tres meses lo condujo al sepulcro. Mi madre y yo, que era el menor, nos fuimos a casa de Damián, pero al cabo de unos días tuvimos que irnos, porque su esposa no nos quería. Como era hijo de rico, mi padre no me dedicó a ningún oficio con que pudiera adquirir mi subsistencia. Acosado por el hambre, viudo, vivo ahora en esta pobre accesoria con mi madre y mis tres criaturas. A pesar de esto, jamás he querido entregarme al juego, la embriaguez, la estafa o el robo. No son los hombres lo que parecen por su exterior.

A este tiempo, entró la viejecita madre del trapiento con tres niñitos de la mano. Después cenamos todos en la mayor confianza, me dieron una pobre colcha y dormí en la mayor tranquilidad. A otro día, me despertaron con el chocolate y después me dijo el trapiento:

_Amiguito, ya usted ha visto la venganza que me he querido tomar. Lo perdono. Únicamente le ruego que no pase por esta calle.

Yo le di las más expresivas gracias, lo abracé con todas mis fuerzas y le supliqué me dijera su apellido.

_¿Para qué tiene usted que meterse en esas averiguaciones? –me contestó– A mí no me interesa que me conozcan los que tal vez por mi medio reciben un beneficio, porque no exijo el tributo de su gratitud.

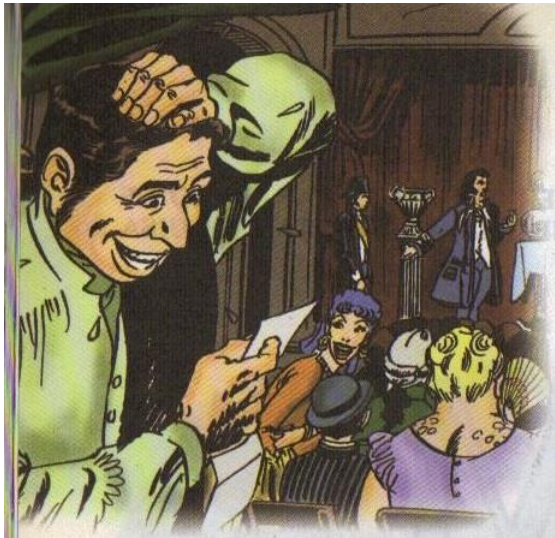
Nos despedimos como amigos y me salí a la calle.

La bonanza de Periquillo, el paradero de Chanfaina, la vuelta de Luisa

Me entré al truco para descansar, me arrimé a la rueda de los que jugaban y vendí mi chaleco para jugar. Gané cincuenta pesos, una mascada, una manga y un billete entero de la lotería de Nuestra Señora de Guadalupe. Luego lo perdí todo, menos el billete, porque no hubo nadie que me lo quisiera comprar. Al otro día, pasando por la calle, vi que se iba a hacer la rifa. Comenzó el sorteo y mi número salió premiado con tres mil pesos. Regresé, pues, al truco, donde hallé ya formada la rueda de tahúres. Un antiguo condiscípulo, que se llamaba Roque, me hizo lugar y se mostró muy servicial. Les mostré mi billete y cuando vieron que era auténtico me dieron de comer, me regalaron cigarros, me facilitaron dinero para jugar y el coime me cedió su cama para que durmiera. A otro día me fui a cobrar mi billete, pero me exigieron fiador. El dueño del mesón aceptó ser mi fiador; volví con él para cobrarlo y le pedí que me lo guardara.

Hallé una casa muy buena, le compré muebles, fui con el sastre, y unos días después mandé a Roque, mi criado y condiscípulo, que trajera un coche; pasé con mi depositario tan otro y tan bien vestido que a primera vista no me conocía. Luego me dijo:

_No me parece mal que usted se vista decente, pero sería mejor que arreglara su traje a sus posibilidades. Diez o doce vestidos de éstos y se acaba el dinero. El querer los hombres pasar rápidamente de un estado a otro, o al menos el querer aparentarlo, es causa de la ruina de las familias.



Le ofrecí veinticinco pesos como albricias. No los aceptó, pero porfié con tal tenacidad que al fin los tomó y, con un clavo y un martillo, los fue marcando y los guardó en un cajón. Le pregunté para qué era aquella ceremonia y me dijo:

_Esto tiene mucho misterio y quiera Dios que usted no lo averigüe.

Por mi desgracia, Roque me trajo una cocinera que no era otra que Luisa, la muchacha que había servido de dama a Chanfaina y a mí. Me contó cómo luego que dejé la casa del escribano ella salió huyendo, pues me amaba y no se hallaba sin mí. Me dijo que ahora se contentaría con servirme de cocinera. Yo le dije que no sería tal, pues ella no era digna de servir, sino de que la sirvieran. En esto vino Roque y le dije que aquella muchacha era una prima mía y era fuerza protegerla. Roque entendió lo que le decía: le compró buena ropa, solicitó cocinera, y cátenme ustedes a Luisa de señora de la casa.

Raro día no había en mi casa baile, juego, comelitones y tertulias. La fortuna no se separaba de mi lado, pues solía ganar en el juego sumas considerables para sostener mis derroches. Entre las señoras que me visitaban iba una que llevaba a una niña como de dieciséis años, más bonita que Luisa; me trataba con un estilo agridulce, con el que cada día encendía más mis deseos y acrecentaba mi pasión. Acabé de desesperarme y le pedí que se casara conmigo.

Mariana, mi novia, dio parte a su madre, quien aceptó encantada nuestro enlace. Sólo me faltaba deshacerme de Luisa y comprarle su ajuar a mi futura. Yo vivía como rico, pero me faltaba plata.

Mi tío fue fiador, y así pude comprarle a mi novia ropa y alhajas. Por otra parte, llamé a Roque y le dije:

_Luisa no puede quedarse en la casa conmigo.

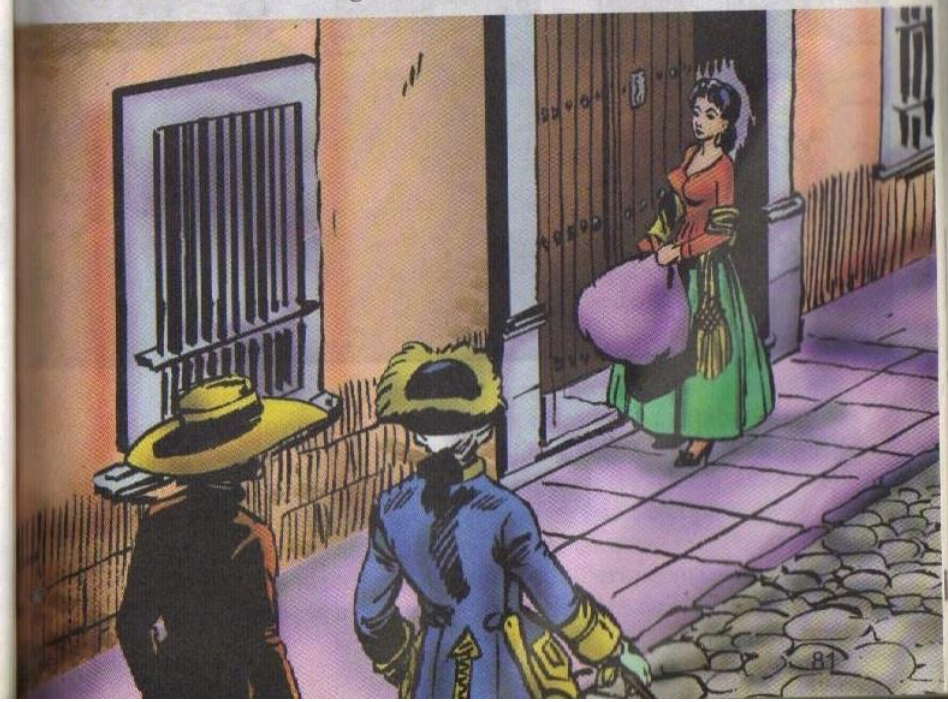
237 SEAGC

_Eso es lo de menos –me contestó–. ¿Me das licencia de que la enamore? Sólo por servirte, la seduciré. Si nos encuentras de manera sospechosa, podrás darle una paliza y echarla de tu casa.

Puestos de acuerdo, un día los sorprendí. Entré, le di a Luisa unas bofetadas y la puse en la puerta de la calle. Ocho días después se celebraron mis bodas con el lujo posible, sin faltar la buena mesa y baile que suele tener el primer lugar en tales ocasiones.

Pasaron como tres meses. Mi esposa se dio cuenta de que yo no era rico: y como no se me había entregado por amor sino por interés, comenzó a enfriarse. Pronto tuvimos que mudarnos a una casa más chica. La infeliz manifestó su sentimiento con imprudencia. Su carácter y su figura me la hicieron aborrecible, pero la verdad es que no estaba despreciable y concebí unos celos endiablados de un vecino.

Todos los días había disputas que remataba yo a puntapiés y bofetones. A esto se agregaba que estaba embarazada, con lo que se puso no sólo flaca, descolorida y pecosa, sino molesta, iracunda e insufrible. La situación empeoró con la intromisión de mi suegra.



Una noche Mariana comenzó a quejarse de fuertes dolores; su madre advirtió que aquéllos indicaban un mal parto. La ignorantísima partera le rasgó las entrañas y le quitó la vida. Entonces, ¡qué tarde!, me arrepentí y desahogué mi espíritu abalanzándome al frío cadáver de mi esposa. Me quitaron de allí por la fuerza. Aquella noche me encerré a llorar mi viudez y soledad. Amaneció por fin y me salí de ahí.

La suerte de Luisa, y una sangrienta aventura

Me fui a andar las calles, sin un peso y con bastante hambre. Iba yo por la calle cuando vi a Luisa. Me acerqué a su puerta y le dije:

_Querida Luisa, ¿me conoces?

_Usted es el que fue mozo del difunto Chanfaina y me echó a bofetadas de su casa. ¿Qué quiere? Me he casado con un hombre de bien y no quiero pláticas con usted.

Diciendo esto se entró, y me hubiera dado con la puerta en la cara si yo, tan atrevido, no me hubiera metido detrás de ella. La tomé de los brazos y, forcejeando, fuimos a dar sobre la cama. A gritos me decía:

_¡Váyase! Soy casada y no trato de ofender a mi marido.

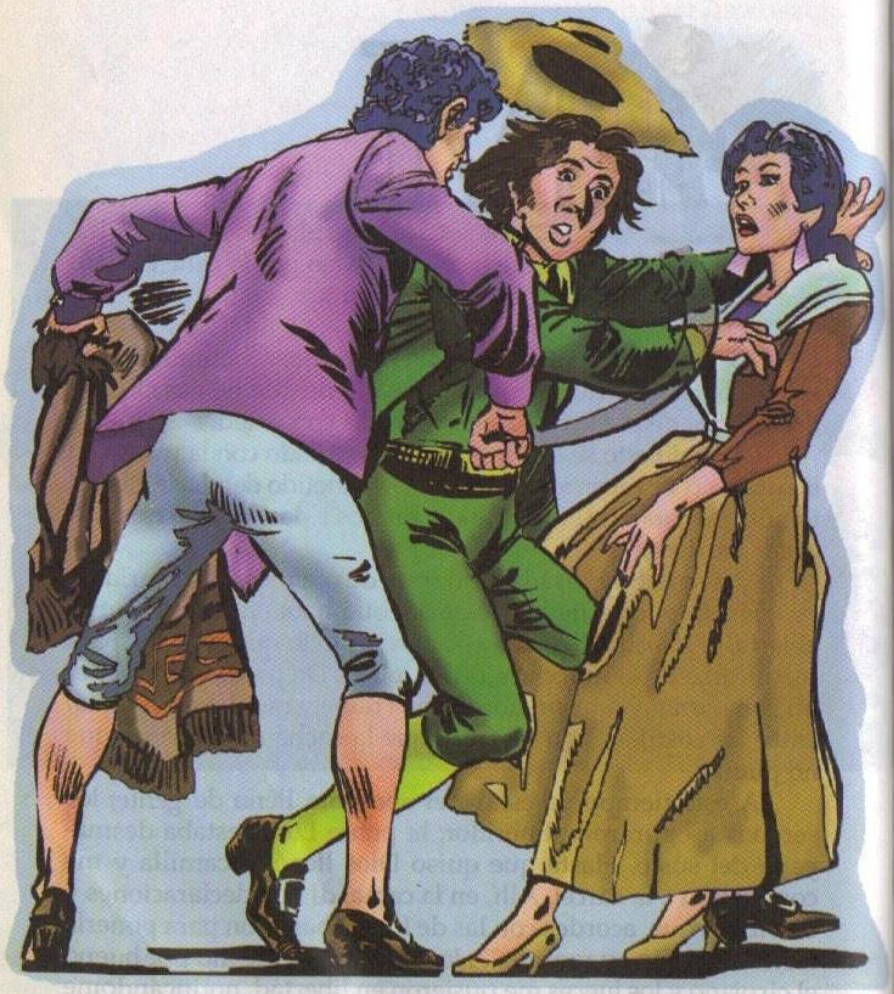
Por la puerta de la accesoria, que había quedado entreabierta, el marido de Luisa estaba viendo lo que sucedía, para certificarse de la inocencia de su mujer. De pronto cayó sobre mí como un rayo desprendido de la nube y me clavó un puñal entre las costillas, con tal furia que la cacha no entró porque no pudo.

A este tiempo ya estaba el aposento lleno de gente; los serenos aseguraron al heridor; la pobre Luisa estaba desmayada del susto. Hasta que quiso Dios llegó la camilla y me condujeron a la cárcel. Allí, en la cama, di mis declaraciones y disculpas que, acordes con las de Luisa, bastaron para ponerla en libertad con su marido. A los veinte días me dio por bueno el cirujano y los jueces me pusieron en libertad, notificándome que jamás volviese a pasar por los umbrales de Luisa. Cuando

salí del hospital, entré a misa en la parroquia de San Miguel y me encontré a un antiguo conocido. Éste me dijo que era el sacristán y necesitaba un ayudante.

_En la hora –le dije–, pero me has de dar de almorzar.

Y cátenme aquí de aprendiz de sacristán.



El ingreso en la cofradía de los mendigos

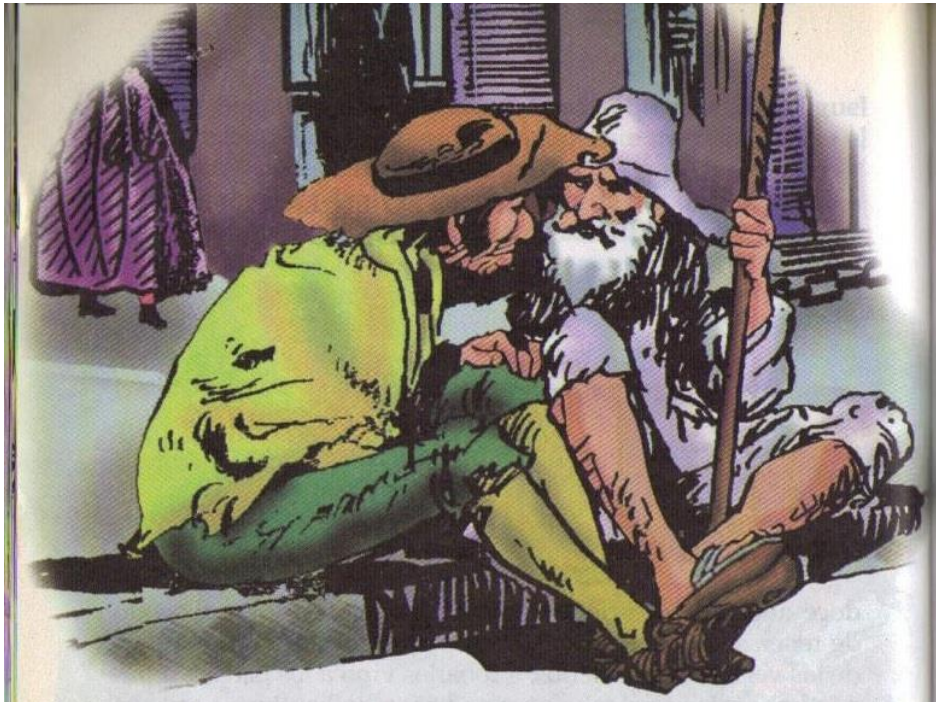
Un hijo del sacristán, que tenía doce años, me aleccionó en mis obligaciones y en el modo de tener mis ganancias; pronto aprendí a esconder los cabos de las velas para venderlos, a robarles vino a los padres, a importunar a los novios y a los padrinos de bautizos para que me dieran propinas. En recompensa, yo le enseñé a robar de un modo o dos que no habían llegado a su noticia.

El primero fue el de quedarse con un tanto a proporción de lo que colectaba para misas, y el segundo, a despojar a los muertos.

Una noche me sucedió una aventura que me costó el empleo. Al meter en el cajón a una señora rica que murió de repente, advertí que le relumbraba una mano y al instante le eché encima un tompiate de cal y le dije por lo bajo a mi compañero, que ya estaba clavando el cajón:

_Camarada, no aprietes mucho, que tenemos despojos y buenos.

A las doce de la noche, prevenidos de una vela, sacamos tierra, descubrimos el cajón y paramos el cadáver, teniéndolo mi compañero de las espaldas sobre su pecho. En la mano derecha tenía una muy regular pulsera. Me costó muchas gotas de sudor sacarla, pues tenía la mano casi cerrada y los dedos medio hinchados. Pasamos a registrar la ropa: la camisa era muy fina y las enaguas lo mismo; un ceñidor de seda, un pañuelo de cambray, un rosario con su medalla y sus buenas medias de seda. Pero no era fácil desnudarla porque estaba



más tiesa que un palo. Tanto apretamos a la pobre muerta, que le echamos fuera un poco de aire que se le había quedado en el estómago. Pareció que se quejaba y me echó un tufo tan asqueroso en las narices que le solté los brazos que, recobrando el estado que tenían se cruzaron sobre mi pescuezo, al tiempo que un maldito gato tiró la vela. Sentimos que los diablos nos llevaban en castigo de nuestro atrevimiento, y caímos desmayados.

A las cuatro de la mañana se levantó el sacristán y se puso a buscarnos hasta que nos encontró. No pudo menos sino dar parte al señor cura, quien luego que nos vio hizo que nos llevaran adentro, procediendo en el momento a sepultar el cadáver otra vez.

Luego que despertamos y de que el cura oyó nuestra relación, encargó el castigo de mi compañero a su padre, y a mí me dijo que me fuera de allí, agradeciéndole mucho que no me enviara a la cárcel.

Volví a tomar mi trote. Sucio, flaco y enfermo, me hice amigo de un andrajoso como yo, que me ofreció empleo y me invitó a su casa. Allí fueron llegando ocho o nueve vagabundos que venían tullidos, y conforme iban entrando arrimaban

sus muletas a un rincón y seguían caminando muy bien. O se quitaban los parches y quedaban con un cutis sano y limpio. O se enderezaban y perdían la joroba.

_El modo –me dijeron– es fingirse ciegos o baldados. Si usted sabe valerse de estos consejos comerá; pero si es tonto, vergonzoso o cobarde, no tendrá nada. Procure ser importuno; acometa a los que vayan con mujeres; el ejemplo de sus compañeros le enseñará a pedir.

Al día siguiente me envolví la cabeza con unos trapos sucios, tomé un palo, un perrillo bien enseñado para que me guiase, y salí por el rumbo que me pareció mejor. A los quince días ya comía y bebía grandemente. Una noche, le pedí limosna a un hombre y me dijo:

_Hermano, no tengo dinero en la bolsa. Si usted quiere, venga conmigo, nada perderé en servirle de lazarillo.

Me llevó a su casa. ¡Qué vergüenza me dio cuando me di cuenta de que era el mismo que había sido mi fiador con el billete de lotería!

_Amigo –me dijo–, usted no está ciego. Usted es un holgazán y ladrón de legítimos pobres.

Avergonzado, yo le dije que estaba dispuesto a todo. El caballero me ofreció trabajo en Tixtla, de escribiente, y me dijo:

_Tenga usted veinticinco pesos que le doy, y veinticinco que le devuelvo, y que son los mismos que marqué delante de usted. Dígame cómo se metió a mendigo.

Yo le conté todo y me rogó que le enseñara la casa; fuimos derechos por unos guardias y sin perder tiempo nos dirigimos a la choza de los falsos mendigos. Quedaron en la cárcel. Llegó el día en que partiéramos para Tixtla.

Cómo le fue a Periquillo con el subdelegado; cómo desempeñó la Tenencia de Justicia, y el modo con que lo sacaron del pueblo

Mi amo, que era subdelegado, trataba de desquitar los gastos que había hecho para conseguir su puesto y acumular un capitalito con toda clase de abusos. El pueblo nos toleraba por la fuerza en lo público y nos llenaba de maldiciones en secreto. Por otra parte el señor cura, que alternaba con nosotros para mortificar a los pobres vecinos, era instruido y atento, mas estas prendas se deslucían con su sórdido interés y declarada codicia.

A excepción de cuatro riquillos consentidos, nadie podía ver al cura ni al subdelegado. Pero como el crimen no puede estar sin castigo, sucedió que los indios principales con su gobernador pasaron a la capital y acusaron al subdelegado.

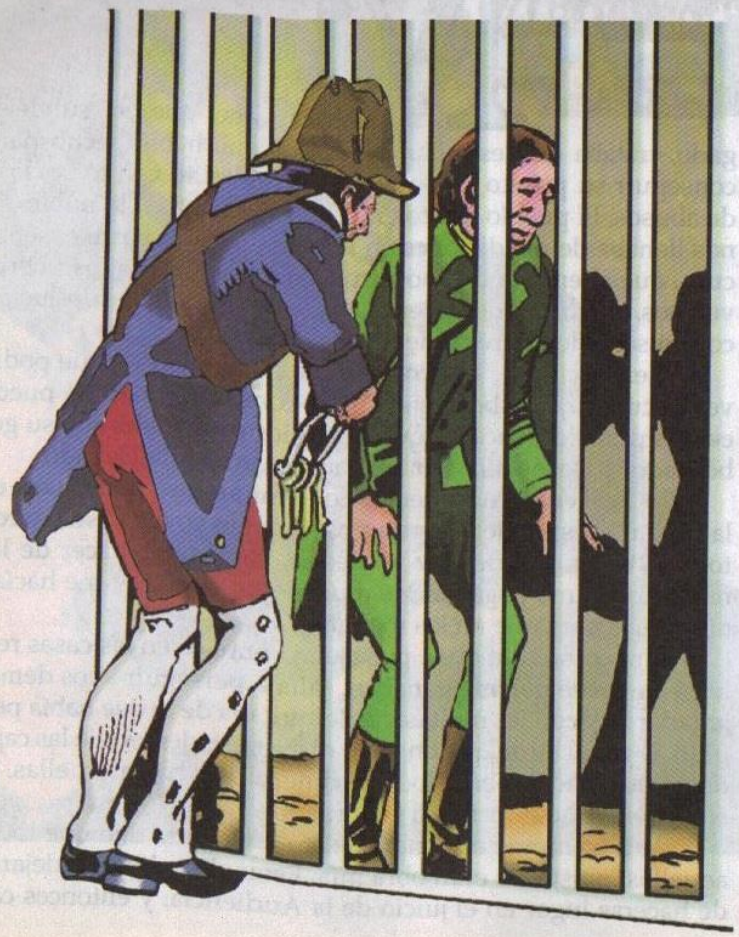
La Real Audiencia decretó que mi amo se presentara en la capital a responder a los cargos. Cuando yo me vi solo y con toda la autoridad de juez a cuestas, comencé a hacer de las mías. Todos me pagaban las multas que quería, y me hacían obsequios para que no los moliera.

Para coronar la obra, puse juego público en las casas reales, y la noche que me ganaban, salía a perseguir a los demás jugadores, y con las multas me desquitaba de lo que había perdido. Una noche en que no tenía ni un peso descerrajé las cajas de comunidad y perdí todo el dinero que había en ellas. El cura fue el que informó al gobernador.

Para colmo de mis males, el subdelegado dijo que todas aquellas injusticias eran obra mía. Estas disculpas no dejaron de hacerse lugar en el juicio de la Audiencia, y entonces car-

garon sobre mí el rigor de la ley y enviaron soldados a Tixtla para que me condujesen a México.

Entré a la Cárcel de Corte. La Real Sala me sentenció al servicio del rey por ocho años en las milicias de Manila. Me encajaron mi vestido de soldado, que sirvió para hacerme más respetuoso a las leyes. Así que vi lo irremediable, fingí conformidad. Procuraba andar limpio, adulaba al coronel, y él me hizo su asistente. Yo le escribía a la mano cuanto se le ofrecía, hacía los mandados de la casa, lo rasuraba y peinaba a su gusto, servía de mayordomo y cuidaba del gasto doméstico con puntualidad, eficacia y economía.



287 GERCO

La fortuna de Periquillo como asistente del coronel, y su embarque para Manila

El coronel era muy atento, afable y circunspecto; su edad sería de cincuenta años; su instrucción mucha, porque no sólo era buen militar, sino buen jurista. Llegué a quererlo y a respetarlo como a mi padre.

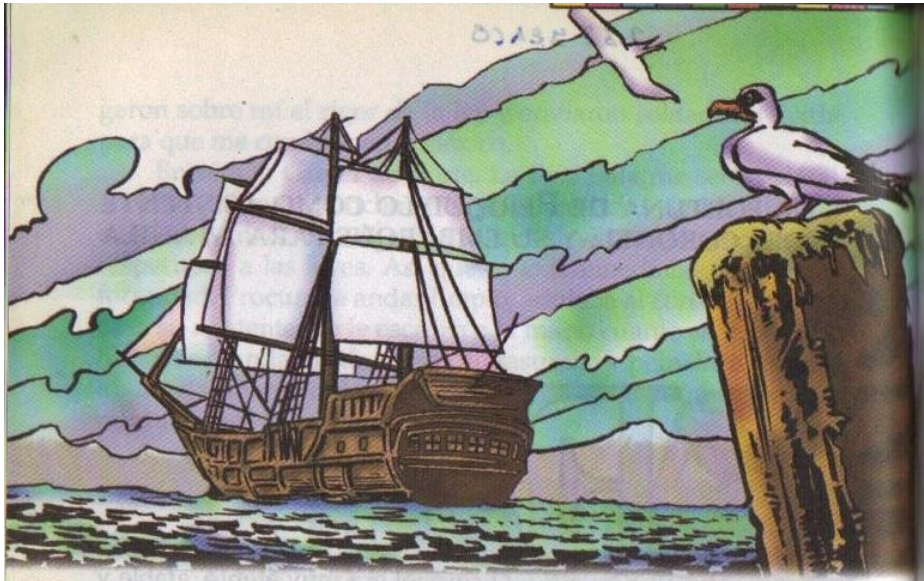
No dejaba yo de hacer de las mías. Lo único que estudiaba era el modo de que mis diabluras no llegaran a la noticia de mi jefe. Así pasé algunos meses, hasta que llegó el día de partirnos para Manila.

Llegamos con felicidad a la fortaleza de San Diego de Acapulco. Nos embarcamos y fuimos saliendo de la bocana a la ancha mar. Desde el primer día nos pronosticó el cielo una feliz navegación.

Gustábamos todos de la conversación de los comerciantes que iban a bordo, de lo que tocaban y cantaban. Una noche estaba enfermo el primer piloto y dejó encargado a un segundo que se durmió. En lo más tranquilo de nuestro sueño nos despertó el bronco ruido que hizo la quilla al arrastrarse en la arena. Habíamos encallado.

Se hizo una junta de pilotos y en ella se decidió aligerar el navío echando peso al mar. Los marineros comenzaron a tirar baúles y cajones de dinero, señalando el lugar con boyas. Un comerciante, avaro y egoísta juró, blasfemó y ofreció recompensas para que no tocaran sus pertenencias, pero de nada le valió.

El buque comenzó a sobreaguar, se desencajó del banco de arena y salimos a mar libre. Todos nos alegramos, menos



el miserable egoísta, quien pasó a la desesperación; lleno de rabia y ambición, dijo:

_¿Para qué quiero la vida sin dinero? –y diciendo y haciendo, se arrojó al mar.

En vano fue echar al agua una lancha. Como no sabía nadar, en cuanto cayó se fue a plomo. Cuando se vio fuera de los bancos, el piloto hizo fondear la nao y comenzó a recuperar lo que habían tirado. Los cajones y baúles que pertenecían al egoísta se entregaron al coronel para que los pusiera en manos de su desgraciada familia.

Tres meses después desembarcamos en Cavite. Mi coronel entregó los presos al gobernador, puso los caudales del egoísta en manos de su familia, y nos fuimos para su casa, en la que serví durante ocho años, que eran los de mi condena, y en los cuales me hice de un capital.

Fui en Manila un hombre de bien a toda prueba, y me tocó presenciar este hecho. Iba por la calle un comerciante rico, negro, quien se tropezó con un oficial inglés que iba cortejando a una criollita principal. Inmediatamente el oficial corrió hacia el negro tirando de la espada. Tanto negreó y vilipendió al inculpable moreno, que éste le dijo en lengua inglesa:

_Señor, callémonos. Mañana lo espero a usted en el parque para darle satisfacción con una pistola.

A otro día llegaron ambos. El negro sacó dos pistolas y le dijo al oficial:

_Señor, ayer no traté de ofender el honor de usted; conociendo que el emplazarlo a un duelo sería el medio para dar lugar a que se serenara, así lo hice y vine ahora a darle satisfacción. Así pues, tome las dos pistolas: una está cargada y la otra vacía.

El ardiente joven barajó las pistolas y, tomando la que le pareció, dio la otra al negro. Ambos se volvieron y al quedar frente a frente el oficial disparó, pero sin fruto. Se quedó aturdido, creyendo que sería víctima de la cólera del negro; pero éste le dijo:

_Señor, el duelo se ha concluido. Seamos amigos, pero si no puede sino con mi sangre, tome la pistola con balas y diríjalas a mi pecho.

Diciendo esto, le presentó el arma horrible al oficial, quien tomó la pistola, la descargó en el aire, y arrojándose al negro con los brazos abiertos, le dijo con la mayor ternura:

_Sí, míster, somos amigos y lo seremos eternamente.

Cuantos presenciamos el lance nos interesamos en que se confirmara aquella nueva amistad y yo les supliqué que aceptaran el agasajo que quería hacerles, llevándolos a tomar un ponche o una sangría en el café más inmediato.

Tuve la satisfacción de verme con mis amigos, el oficial y el negro, llevándolos a casa del coronel, pero me duró poco porque se hicieron a la vela para Londres.

El día mismo que se cumplieron los ocho años de mi condena, el coronel me dijo:

_Ya has cumplido a mi lado el tiempo que debías, ya estás libre; tienes ocho mil pesos; si quieres volver a tu patria, prevén tus cosas para cuando salga la nao. Siempre que tu conducta sea la que ha sido hasta aquí, ésta será tu casa y yo tu padre.

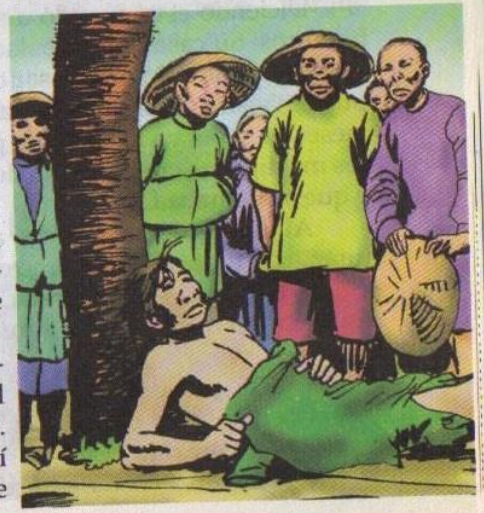
Como a los dos meses, un día le acometió a mi amo un ataque apoplético y falleció en mis brazos.

El albacea me entregó tres mil y pico de pesos que me dejó el coronel. Como ya tenía más de once mil pesos míos, me picó el deseo de volver a mi patria. Cuando fue tiempo de que la nao se alistara para Acapulco, salí para Cavite y me embarqué.

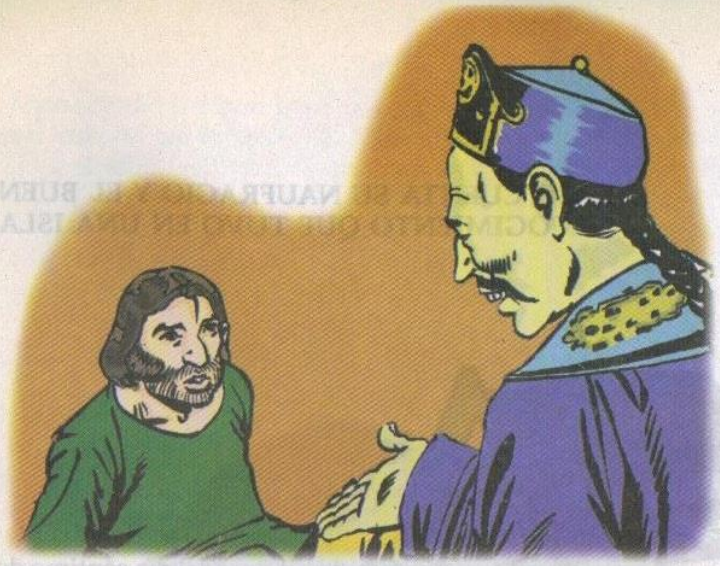
PERICO CUENTA SU NAUFRAGIO Y EL BUEN ACOGIMIENTO QUE TUVO EN UNA ISLA

Al anochecer del día séptimo de nuestra navegación, se levantó un sudeste furioso; un golpe de mar rompió el timón y una brusca sacudida de viento quebró uno de los mástiles. Advertí que el barco se hundía, trepé a la cubierta como gato, y la divina Providencia me deparó en ella un tablón del que me así con todas mis fuerzas.

Como hora y media batallaría yo en el agua cuando, disipándose las nubes, sosegándose los mares y aquietándose los vientos amaneció la aurora y oí voces humanas. Me gritaban unos pescadores que bogaban en un bote. Se acercaban hacia mí. Aquellos buenos hombres extendieron los brazos y me pusieron en el bote. Me pusieron boca abajo, me hicieron arrojar porción de agua salada que había tragado, me dieron unas friegas con paños de lana, me abrigaron y condujeron al muelle de una isla de la China que estaba muy cerca de nosotros.



Al tiempo de desembarcar, me pusieron bajo un árbol copado que había en el muelle. Luego se juntó alrededor de mí porción de gente, entre la que



distinguí algunos europeos. Todos me miraban y me hacían mil preguntas, pero ninguno se dedicaba a favorecerme. Los isleños pobres me veían y, sin embargo de su pobreza, uno me llevó una taza de té y un pan, y otro me dio una capa rota que yo me encajé con mucho gusto, porque estaba en cueros y muerto de frío. Se llegó a mí un hombre que me pareció isleño por el traje, y rico por lo costoso de él, bordado de oro. Por medio de un intérprete me dijo amablemente:

_No te acongojes, pobre náufrago; ven a mi casa.

Diciendo esto, mandó a sus criados que me llevaran en hombros. Su casa era un palacio. Me proveyó de alimentos y vestidos y me dejó descansar cuatro días. Al cabo de ellos me puso maestros que me enseñaran su idioma. A los dos o tres meses ya sabía yo lo bastante para entender al isleño y entonces me dijo que era hermano del tután o virrey de la provincia, y que se llamaba Limahotón.

Al día siguiente me llevó a conocer a su hermano, y el tal tután, con todo su cariño, me dijo:

_¿Y tú, qué sabes hacer? Porque aunque en esta provincia se usa la hospitalidad, aquí nadie come sin ganarlo con su trabajo.

Valiéndome de mis trapacerías, le dije que en mi tierra yo no tenía necesidad de trabajar, pues era conde. Poco después, su hermano me dijo:

_¿Tú quieres volver a México, tu patria?

_Sí, señor –le dije–, y apetecería esa ocasión.

_Pues no te desconsueles –me dijo–; una embarcación extranjera llegó. Nos haremos a la vela, pues deseo ver más mundo que el de mi patria; tengo dos amigos de los pasajeros que todos los días vienen a comer conmigo. Hoy te sentaré a mi mesa.

A la hora de comer, uno de los extranjeros, español, me preguntó:

_Y ¿cuál es el título de usted en México? Porque yo a todos los conozco.

Le dije que me titulaba el conde de la Ruidera.

Al siguiente día salimos a nuestro paseo acostumbrado.

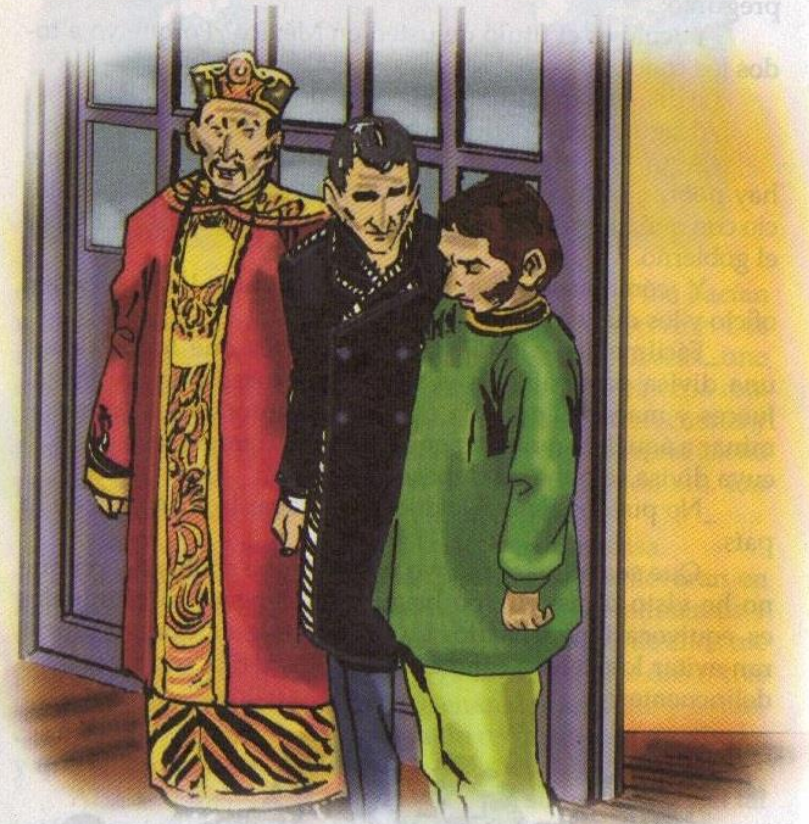
_Aquí –me dijo Limahotón– no hay mendigos aunque hay pobres, porque aun de los que lo son, muchos tienen oficio con qué mantenerse; y si no, son forzados a aprenderlo por el gobierno.

_Y ¿cómo sabe el gobierno –le pregunté– los que tienen oficio y los que no?

_Fácilmente –me dijo–; ¿no adviertes que todos tienen una divisa particular en el remate del tocado de la cabeza? Jueces y maestros de cada oficio están autorizados para examinar a aquél de quien tengan sospechas que no sabe el oficio cuya divisa se pone en el tocado.

_No puedo menos –le dije– que alabar la economía de tu país.

_Que sea la más feliz, yo no lo sé –me contestó–, porque no he visto otras; que no haya aquí crímenes ni criminales es equivocación pensarlo. Lo que sucede es que se procuran evitar los delitos con las leyes y se castiga con rigor a los delincuentes.



La confianza que mereció al chino; el viaje de éste con él a México y los días felices que logró a su lado

Contento y admirado vivía yo con mi nuevo amigo por el buen trato que me daba. Llegó el día de embarcarnos. El equipaje del chino se redujo a un catre, un criado, un baúl y una petaquita. El comerciante español le preguntó si aquel baúl estaba lleno de monedas de oro.

_No –dijo el chino–; apenas habrá doscientas. Pero yo cuento con el dinero de ustedes, de sus paisanos, y el que guardan en sus arcas los ricos de sus tierras. Yo se lo sacaré lícitamente y me sobrará para todo; y no me pregunten más, que cuando estemos en México les descifraré el enigma.

Nos entregamos a la mar, queriendo Dios que fuera la navegación tan feliz que en tres meses llegamos al puerto de Acapulco y seguimos luego hasta México. El chino, como ignoraba los usos de mi patria, en todo hacía alto y me confundía con preguntas, y me rogaba que no me separara de él hasta que tuviera alguna instrucción. Pero los extranjeros me molían mucho con mi condazgo; particularmente el español, que me decía:

_Conde, ya dos días hace que estamos en México y no parecen sus criados ni su coche. La verdad es que...

Cuando me dijo esto, me incomodé y le dije:

_Crea usted o no que soy conde, nada me importa. Mi casa está en Guadalajara; de aquí a que vengan de allá por mí, se ha de pasar algún tiempo; algún día sabremos quién es cada cual.

Con esto me dejó y no me volvió a hablar del condazgo. El chino, para descubrirnos el enigma que había dicho, sacó un

canuto lleno de brillantes exquisitos y una cajita surtida de hermosas perlas y dijo:

_Español, de estos canutos tengo quince y cuarenta de estas cajitas. ¿Me habilitarán de monedas?

Así lo iba yo pasando muy bien con mi chino, siendo depositario de su confianza y de su dinero. Un día se quejó de que la casa era chica, incómoda, sucia y mal servida; me dijo que quería algo mejor. Yo le di las gracias por su confianza, y le dije que supuesto quería tratarse como caballero, tenía dinero y me comisionaba para ello, en menos de ocho días se compondría todo. A ese tiempo entró Roque con el maestro barbero, quien luego que me vio se fue sobre mí con los brazos abiertos, y apretándome el pescuezo que ya me ahogaba, me decía:

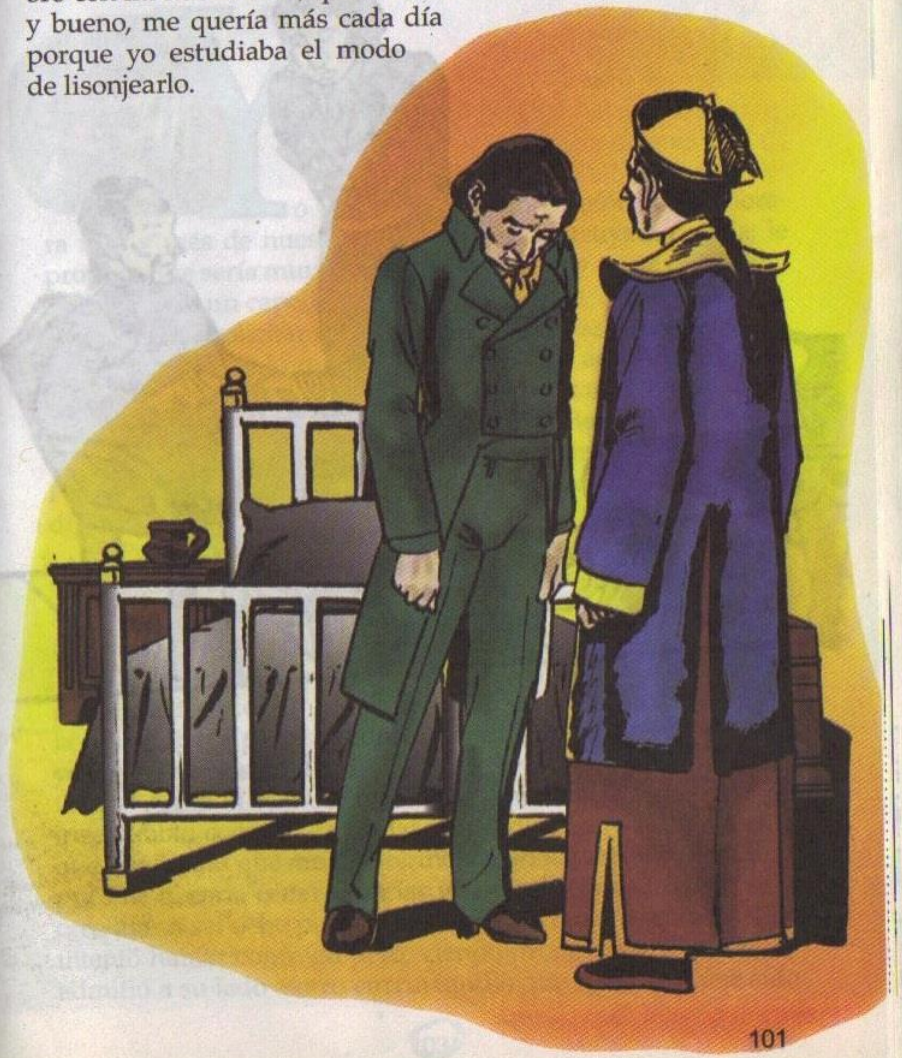
_¡Bendito sea Dios, señor amo, que lo vuelvo a ver, y tan guapote! ¿Dónde ha estado usted? Porque después de la descolada que le dieron los malditos indios de Tula, ya no he vuelto a saber de usted.

Al decir esto me soltó, y conocí que era Andresillo. El chino, nada lerdo, se dio cuenta de que mi condazgo y mis riquezas eran trapacerías. Sin embargo, disimuló y se dejó afeitar, y concluida esta diligencia me dijo con la mayor prudencia:

237 yeaco

_Acabo de conocer que ni eres rico ni conde, y creo que te valiste de este artificio para vivir mejor a mi lado. Con que anda, no te avergüences; sígueme sirviendo como hasta aquí y señálate salario, que yo no sé cuánto ganan los criados como tú en tu tierra.

Aunque me avergoncé, salí a buscar casa, y hallé una muy hermosa y con cuantas comodidades se pueden apetecer, y además barata y en buena calle. En fin, yo me hallé la bolita de oro con mi nuevo amo, quien además de ser muy rico, liberal y bueno, me quería más cada día porque yo estudiaba el modo de lisonjearlo.



El maldito modo con que salió de la casa del chino

Yo trataba de que Limahotón se enamorara más y más de nuestra religión, y se instruyera en ella; le propuse que sería muy propio a su decencia y porte que tuviera en su casa un capellán. Dijo el chino:

_Puedes solicitar uno para casa; pero que sea sabio y virtuoso, porque no lo quiero para mueble ni adorno. Si puede ser, búscamelo viejo, porque cuando las canas no prueben ciencia ni virtud, prueban a lo menos experiencia.

Con estos buenos sentimientos, me entré en casa de don Prudencio, amigo mío y hombre de bien, que tenía tertulia. Le dije lo que solicitaba, y él me dijo:

_Puntualmente hay lo que usted busca. Mi tío el doctor don Eugenio Bonifacio es un eclesiástico viejo, de conducta muy arreglada y un pozo de ciencia, como dicen los que saben. Voy a mandarlo llamar.

Se comenzó a armar la fiesta y los bandoleones fueron poniendo los pies en movimiento. Como a las siete ya estaba la cosa caliente pero, acordándome de mis buenos propósitos, yo me había sostenido sin bailar. A las siete y media fue entrando Anita la Blanda, muchacha linda entre todas. Era mi inseparable compañera en las contradanzas, y no tenía más que hacer para que me distinguiera sino llevarla a su casa después de hacerla cenar y tomar vino en la fonda, dejarle para otro día seis u ocho pesos y hacerle unos cuantos cariños. Ella intentó hablar conmigo pero, viendo mi desapego, me dejó y admitió a su lado a otro currutaquillo que siempre había sido

mi rival. A mí se me encendió tal fuego de celos que eché a un lado mis reflexiones, me levanté como un león furioso, bailé, bebí, retocé y desafié a Anita para que cuerpo a cuerpo me diese satisfacción de los celos que me había causado. En lo más fervoroso de mi chacota estaba yo, cuando don Prudencio me avisó que había llegado su tío. Salí al gabinete y despaché muy breve todo el negocio; quería el pobre sacerdote informarse despacio de todo lo que le había contado su sobrino, pero yo no me presté a sus deseos. Así que me despedí de él volví con Anita y a las nueve la fui a dejar a su casa.

Al día siguiente fui por el padre y lo llevé a la presencia de mi amo. El chino, luego que lo vio, con el más cariñoso respeto le dijo:

_Me alegro, señor. Puede quedarse aquí. Se encargará de orar a su Dios por mi salud. Me instruirá en sus creencias y me enseñará todo cuanto considere que debe saber de esta tierra un extranjero.

De día en día se aumentaba la confianza del capellán hacia mi amo. La casa se convirtió en un conventito. Se oía misa todos los días; no había salidas ni paseos nocturnos. El capellán sacaba a pasear a mi amo y lo llevaba a los paseos, visitas y a cuantas partes había concurrencia, de suerte que en poco tiempo contaba con varios señores mexicanos que lo visitaban y le profesaban amistad.

De resultas de las pláticas con el capellán, un día mi amo me tomó cuentas de su caudal y vio que hacían falta tres mil pesos. Sin embargo, fue tan prudente que sólo me lo hizo ver, y me pidió las llaves de los cofres, entregándoselas al capellán y encargándole el gasto de su casa. Este golpe para mí fue mortal,

no tanto por la vergüencilla que me causó el despojo de las llaves, sino por la falta que me hacían.

Otra vez el chino me dijo:

_¿No se usa en tu tierra que los extranjeros tengan mujeres en sus casas?

_Sí, señor.

_Pues tráeme dos o tres que sean hermosas para que me sirvan y diviertan, que yo les pagaré bien. Y si me gustan, tal vez me casaré con ellas.

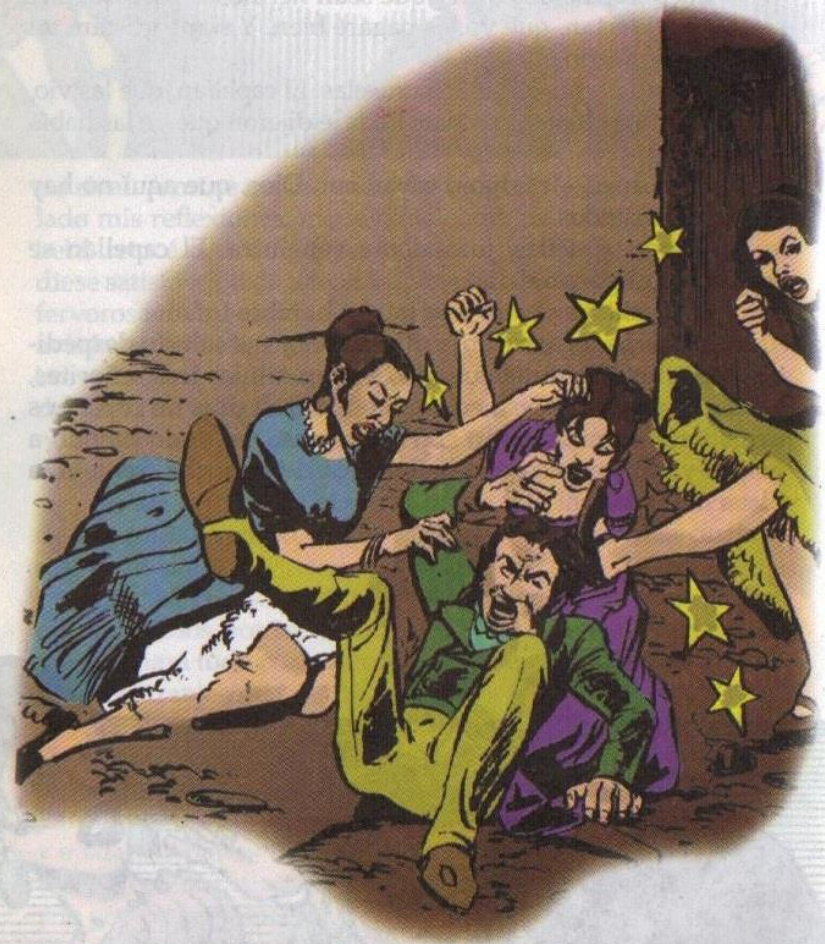
Muy ancho fui con tres damiselas. El capellán, que las vio, les preguntó a quién buscaban. Ellas le dijeron que yo las había llevado.

_Pues, hijas –les dijo–, vayan con Dios, que aquí no hay lugar para ustedes.

Salieron aquéllas, jurándome venganza. El capellán se encaró conmigo y me dijo:

_Saca usted su catre y se muda, hombre infame.

Dos cargadores sacaron mis baúles y me salí sin despedida. Torcía una esquina cuando estaban allí las tres señoritas, y entre las tres me desmecharon e hicieron tiras mi ropa. Los cargadores se marcharon con mis cosas. Así, todo molido a golpes y sin un peso, me hallé cerca de la noche frente a la plaza del Volador.



CÓMO QUISO AHORCARSE; POR QUÉ NO LO HIZO; EL ESPANTO QUE SUFRIÓ EN UN VELORIO; SU SALIDA DE ESTA CAPITAL Y OTRAS COSILLAS

Desesperado o aburrido de existir, traté de ahorcarme. Para efectuarlo vendí mi reloj, me eché un cuartillo de aguardiente para perder el juicio, compré una reata de a medio real, y marché con ella para el paseo de la Orilla. Llegué allí medio borracho como a las diez de la noche; con el mayor fervor comencé a tirar la reata a una robusta rama, pero el aguardiente quitaba el tino de mis manos. Tuve que renunciar a mi propósito más de fuerza que de gana porque me atacó un vómito violento; después me venció un sueño pesadísimo. No sentí a los que me hicieron el favor de desnudarme. Cuando desperté me hallé en camisa. En tan aciago lance se llegó a mí una pobre india vieja que, condolida, me llevó a su triste jacal, me dio atole y me vistió con los desechos de sus hijos. Le di muchas gracias, le besé su arrugada cara y me marché para la calle.

A la una del día, hora en que ya el hambre me apuraba, vi venir a uno de mis mayores amigos, quien había almorzado en mi casa con su mujer y sus cuñados. Lo tomé por un brazo y le dije:

_Anselmo, yo soy Pedro Sarmiento, tu amigo. No vuelvas la cara ni finjas no conocerme.

_¿Qué piensas, pícaro –me dijo el cruel amigo–, que me has de engañar con cuatro mentiras? Don Pedro Sarmiento, a quien te pareces un poco, es mi amigo; pero es un hombre fino, un hombre de bien; no un vago encuerado –y sin esperar respuesta se metió en su casa, dándome con la puerta en la cara.

Determiné pasarme la noche vagando por las calles, hasta que por fortuna encontré una accesoria abierta con ocasión de un velorio. Me metí en ella y vi un muerto tendido, seis u ocho léperos haciendo el duelo, y una vieja durmiéndose junto al brasero.

Como a la una de la mañana sacaron una baraja, nuestra velita se acabó y no hubo más remedio que tomar otra prestada al señor muerto. Antes de esto habían cerrado la accesoria, que tenía una ventana que caía a una acequia inmunda, para que no fuera a sorprendernos la ronda. El envigado del piso estaba malo y el que fue por el cabo pisó el extremo suelto de una viga, con lo cual levantó al muerto, lo que visto por mí y mis camaradas, nos impuso tal horror, creyendo que el muerto se levantaba a castigarnos, que al punto nos levantamos todos, atropellándonos unos a otros. Luego luego quedamos a oscuras y, como no aparecía la llave, uno abrió la ventana y salimos por ella.

Caímos en la acequia, de donde salimos hechos un asco de lodo y algo peor. Uno de los harapientos me llevó a su casa, despertó a su mujer y le contó el espanto. La pobre nos lavó y puso a secar nuestra ropa, mientras bebíamos un jarro de atole con tamales. Los dueños de la casa me dijeron que me fuera a Puebla. La mujer me puso un itecate de tortillas, carne asada y chiles. Llegué a Ayotla, donde dormí.

El encuentro que tuvo con unos ladrones y las aventuras que le pasaron en su compañía

Semidesnudo, hambriento y cansado, llegué un día al anochecer a una venta, cerca de Río Frío. Me permitió el ventero dormir en un pajar, y al otro día, muy temprano me despedí de él; sabedor de mi ruta, el ventero me dijo que fuera con cuidado, porque había una cuadrilla de ladrones por aquel camino. Empapado en mil funestos pensamientos iba, cuando alcé la cara y vi a cuatro hombres montados y bien armados. Uno de ellos, fijándome la vista, se bajó sonriente mientras me decía:

_¿No conoces a tu antiguo amigo, el Aguilucho, a quien debiste tantos favores cuando estuvimos juntos en la cárcel? Sube a mi caballo, porque espantamos la caza.

_No entiendo eso de espantar la caza –le dije–, pues yo jamás he visto cazar en caminos, sino en los bosques.

_Nosotros –dijo el Aguilucho– no andamos a caza de conejos ni de tigres, sino de hombres.

Nos apeamos en un cerrito desde donde se veía el camino y seguimos platicando. El Pípilo me reconoció; fue aquél por el que fui a la cárcel. Me dijo que Januario también era capitán de bandoleros. Entonces les conté mis aventuras, que celebraron mucho.

Trepando cerros y bajando cuestas, avistamos unas casas de madera. Salieron a recibirnos muy contentos otros tres cazadores, quienes le entregaron el fruto del negocio al Aguilucho. La ropa se repartió en partes iguales. Después que me habilitaron con muy buena ropa, el Aguilucho me dio su caballo.

Del fondo de la cueva salieron cuatro muchachonas no feas y bien vestidas que nos saludaron muy afables y nos sirvieron una buena mesa. Me dijeron que ellas estaban destinadas al servicio común de todos, sin etiquetas y sin celos. El Aguilucho y el Pípilo se marcharon, las mujeres me enseñaron a limpiar las armas y me refirieron sus aventuras.

Yo advertí que se quedaban cuatro de guardia a la entrada de la barraca, y así me acosté y dormí con la mayor tranquilidad. Pero como a las tres de la mañana me la interrumpieron los gritos desaforados que dieron todos y varios tiros que se oyeron. No hice sino sentarme en la cama y estarme quieto, cuando entró una mujer, se llegó a mi rincón y enfadada con mi tranquilidad me dio un pescozón:

_Salga usted, collón –me decía–, amujerado, maricón; ya la justicia nos ha caído y están todos defendiéndose.

La fiesta era a oscuras, salí en camisa y con un sable que me dio la mujer. Me desconocieron los compañeros y recibí una zafacoca de cintarazos que por poco me matan.

Se sosegó el alboroto. Habían pasado unos lobos y los ladrones, confundidos, se dispararon entre ellos; a uno le quebraron una pierna y a otro lo dejaron muerto. Amaneció el día y sepultaron al difunto. El Aguilucho me dijo:

_Tú me dijiste que entendías de médico; mira a ese compañero herido y dime los medicamentos que han de traer de Puebla.

Tuve que atender al herido, que tenía el hueso astillado. Le corté la pierna como quien tasajea un trozo de pulpa de carnero; pasé luego a aserrarle los picos del hueso. No hallaba modo de contenerle la sangre, hasta que con una hebra de pita le amarré las venas y aprovechando que se desmayó le cauterricé la carne con una plancha ardiente. Ninguno de sus sufrimientos valió, pues lo mal curado y la debilidad del paciente hizo que se gangrenara pronto y tronara.

Así pasé después sin novedad como dos meses. Un día salieron cinco bandoleros y regresaron cuatro pues les mataron a otro en campaña. Al otro día muy de madrugada me hicieron levantar y vestir y me pusieron armas. Yo hice de tripas corazón, fingí que mi miedo era chanza y que era capaz de todo. Iríamos a matar a esos viajeros que habían acabado con nuestro compañero.

237 SEL CO

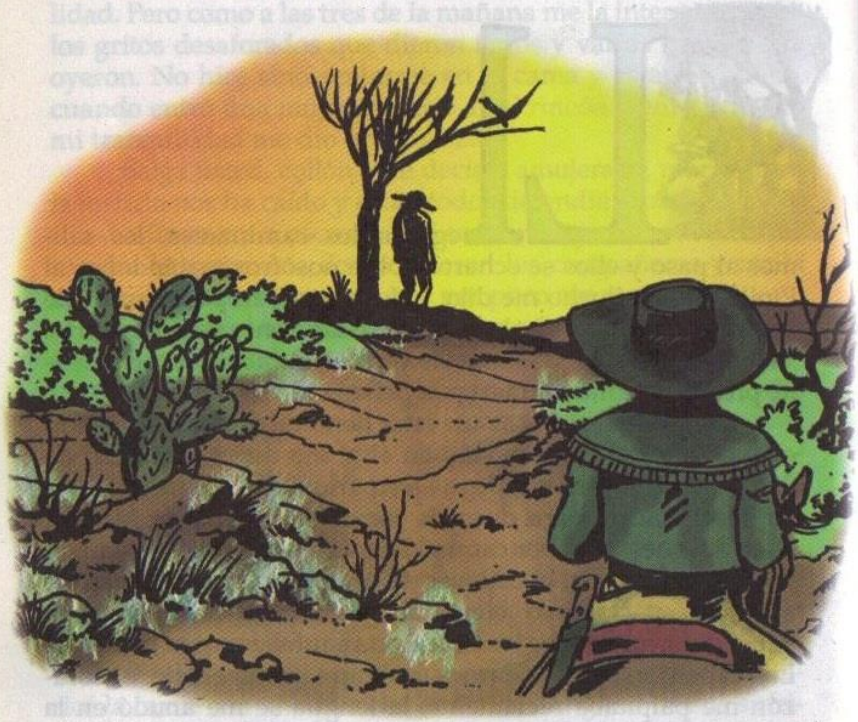
El triste espectáculo del cadáver de un ajusticiado

Llegaron los caminantes, les salimos al paso y ellos se echaron sobre nosotros matándonos al Pípilo. El Aguilucho me dijo: "¡Huyamos!", trepó en ancas de mi caballo, pero una bala le atravesó las sienes y cayó muerto. Viéndome solo, piqué espuelas y, como el caballo era excelente, pronto dejé muy atrás a mis perseguidores.

Luego de descansar un rato, lleno de temor y compunción aderecé el caballo, subí en él, y me dirigí al pueblo de San Martín. A otro día llegué a Apam. Aquella noche dormí en Teotihuacan, para después tomar el camino de México. Poco después de haber caminado como una legua vi afianzado contra un árbol el cadáver de un ajusticiado. Me acerqué a verlo despacio; pero ¿cómo me quedaría cuando advertí en aquel deforme cadáver a mi antiguo e infeliz amigo Januario? Los cabellos se me erizaron; la sangre se me enfrió; el corazón me palpitaba reciamente; la lengua se me anudó en la garganta. Pero quiso Dios ayudar mi ánimo desfallecido, y haciendo yo mismo un impulso extraordinario de valor, me procuré recobrar poco a poco de la turbación que me oprimía. Confirmé mis propósitos de mudar de vida. Procuré entrar a México de noche. Paré en el mesón de Santo Tomás y, paseándome en el corredor, oí el llanto de una mujer y la voz de un anciano en uno de los cuartos. Eran don Martín y su esposa. Sin darme a conocer de ellos, supe que se iban a establecer tierra adentro; que Poncianita ya era monja y que lloraban a Januario.

Me fui al templo de La Profesa con el ánimo de hacer confesión general. El padre me dijo:

_Venga a la tarde y dígale su nombre al padre portero.



Cómo entró a ejercicios en La Profesa; su encuentro con Roque y quién fue su confesor

Inmediatamente que llegué a La Profesa el portero me dijo:

_Éste es el cuarto de usted y del señor, su compañero.

El compañero era Roque, mi condiscípulo, amigo y criado antiguo. Nos abrazamos y nos dimos cuentas de nuestras aventuras. Le dije:

_Me alegro que nos hayamos encontrado en este santo claustro; que los que algún día corrimos juntos por la senda de la iniquidad nos veamos juntos también aquí, animados de unos mismos sentimientos.

La confesión se concluyó a satisfacción del confesor y con gran consuelo de mi espíritu. Al día siguiente, concluida la misa, me despedí de Roque con el mayor cariño, y fui a hacer lo mismo con mi confesor. ¡Cuál fue mi sorpresa cuando fui mirando que era Martín Pelayo, mi viejo amigo y excelente consejero! Nos abrazamos y continuó diciéndome:

_Toda vergüenza que tengas de haberte confesado conmigo es excusada, cuando sabes que he sido peor que tú; pero, dime: ¿qué giro piensas tomar?

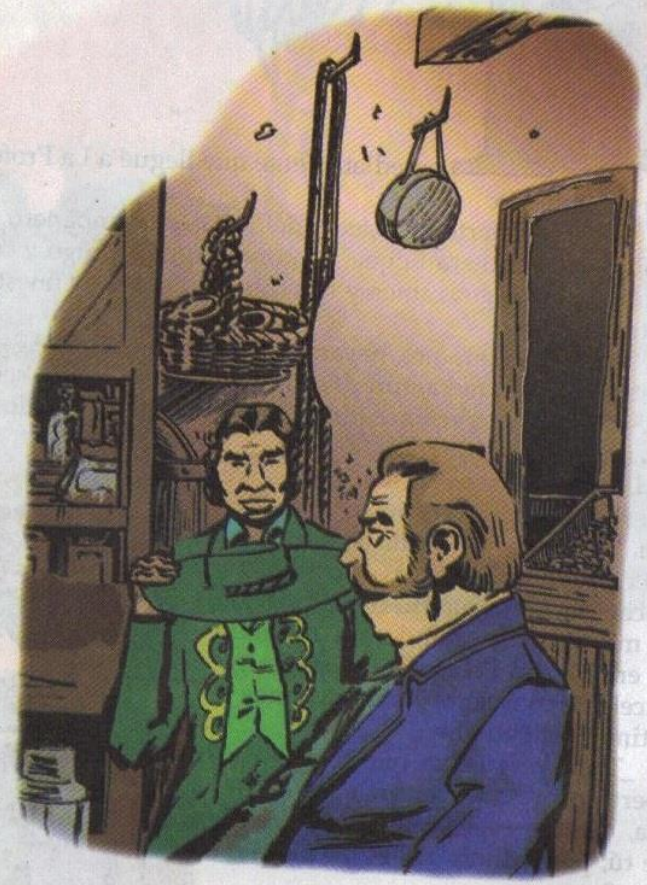
_Yo no sé qué hacer ni de quién valerme –le respondí.

_No te apures –me dijo–; yo haré por ti cuanto pueda. Ahora mismo se me ha ocurrido algo; espérame aquí.

Y en cuanto regresó me dijo:

_Esta tarde te llevo para que te ajustes con el que ha de ser tu patrón.

El destino era cuidar como administrador el mesón del pueblo de San Agustín de las Cuevas, y manejar una buena tienda, debiendo partirse entre el amo y yo las utilidades que las empresas produjeran.



San Agustín de las Cuevas, y la aventura del amigo Anselmo

Procuré manejarme con honor y no dar qué decir en aquel pueblo. Cuántas veces me decía Pelayo:

_Sal, expláyate, diviértete. No está la virtud reñida con la alegría ni con la honesta diversión.

En una de estas paseadas me habló un muchachito pidiéndome socorro para su madre, que estaba enferma. Le creí y le dije que me llevara a su casa.

Luego que entré en ella, vi que era cierto cuanto me dijo. Y en seguida supe que el marido de la señora era aquel mi amigo Anselmo, que no me quiso conocer cuando imploré su caridad. Pero acordándome de su desdicha procuré aliviarla con lo que pude. Anselmo se sorprendió al verme, fijó en mí la vista y me dijo:

_Señor... yo agradezco... –y no pudiendo pronunciar otra palabra, bajó los ojos.

Yo, conociendo el contraste de pasiones con que batallaba aquel pobre corazón, estrechando a mi amigo entre mis brazos, le dije:

_¡Qué señor ni qué droga! ¿No conoces a tu antiguo amigo?

Entonces Anselmo, volviéndose a su esposa, le dijo:

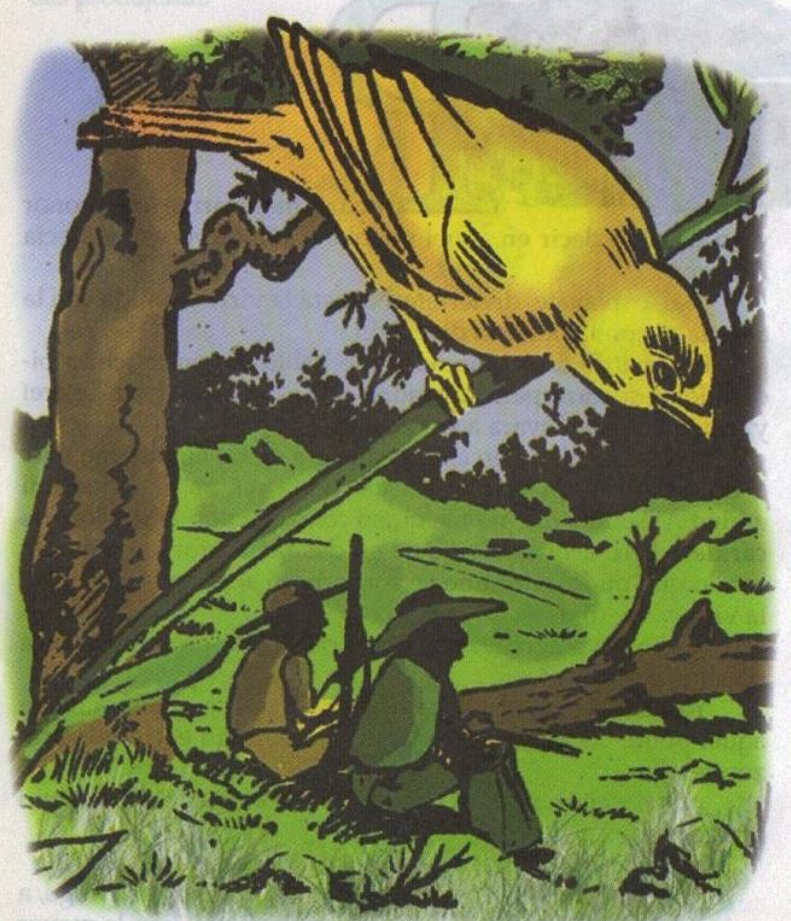
_Este señor es don Pedro Sarmiento, mi antiguo amigo, a quien debí mil favores y a quien le correspondí con la mayor villanía en las circunstancias más críticas en que necesitaba mis auxilios.

En ese momento se hincó, y abrazándome tiernamente me decía:

_Perdóname, mi querido Pedro; soy un vil y un ingrato.

_Por Dios, Anselmo, basta –le dije, levantándolo–. Basta, soy tu amigo y lo seré siempre que me honres con tu amistad.

En San Agustín de las Cuevas procuré manejarme con arreglo, haciendo el bien que podía a cuantos me ocupaban.



La aventura del misántropo y el paradero del trapiento

Los domingos cerraba la tienda por la tarde y nos salíamos mi cajero y yo por los arrabales del pueblo. En una de las tardes que andábamos a caza de conejos, vimos un caballo desbocado que, encontrándose con una cerca de piedra, quiso saltarla y cayó en tierra, cogiendo debajo la pierna del jinete. Compadecidos, corrimos a favorecer al hombre, pero éste, arrancando una pistola de la silla, con colérica voz nos dijo:

_Enemigos malditos, arránquenme esta vida infeliz; miro a los hombres y recuerdo sus maquinaciones infernales y cuánto me han hecho padecer.

_Si vamos a recordar agravios –le dije–, y a aborrecer a los hombres, nadie tiene más motivos para odiarlos que yo.

_Eso no puede ser –contestó el misántropo–; les contaré los míos.

Lo metimos a mi sala, y entonces dijo:

_Tengo razón para aborrecer entre los hombres en primer lugar a mi padre y a mi madre. Mi padre fue el marqués de Baltimore, quien me tuvo con doña Clisterna Camoens, a quien enamoró por satisfacer su pasión. Luego buscó un pretexto para abandonarla. Clisterna me entregó a su criada, quien me tiró en la primera accesoria que vio. Los dueños de la casa me recogieron, lograron criarme, educarme y hacerme hombre. Todos han sido ingratos; hasta una cruel hermosa que me ofreció su corazón y su mano; luego se metió a un convento y me escribió una carta llena de improperios. Su pa-

dre se declaró mi eterno enemigo, junto con un tal don Tadeo, hermano suyo, que me había dicho que tendría mucho gusto en llamarse mi cuñado. ¡Ah, crueles!

Mi cajero lo interrumpió diciéndole:

_Dispense, usted ¿cómo se llama?

_Yo, Jacobo.

Entonces el cajero se levantó y, estrechándolo entre sus brazos, le dijo con la mayor ternura:

_Buen Jacobo, yo soy tu amigo Tadeo. Soy el hermano de la infeliz Isabel, tu prometida amante. Ella murió amándote. Cuanto padeciste tú, mi hermana y yo, fue ocasionado por el interés de mi padre, quien por sostener el mayorazgo de mi hermano Damián impidió el casamiento de Isabel.

Yo, acordándome del cuento del trapiento, le dije:

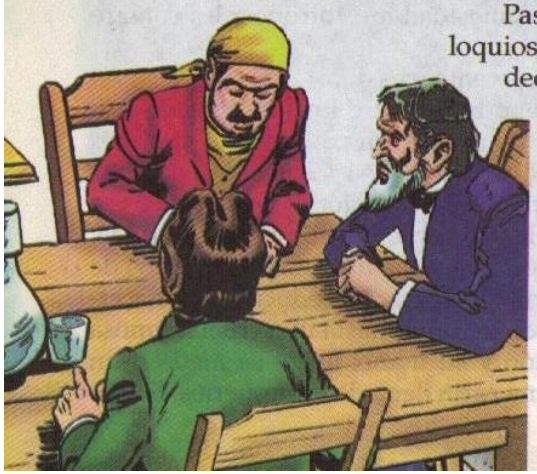
_Don Tadeo, ¿se ha visto usted alguna vez calumniado de ladrón?

_Señor –me dijo–, me he visto calumniado de ladrón...

En seguida lo interrumpí:

_Yo soy, noble amigo, aquel mismo que agravió a usted imputándole un robo que no había cometido. En este tiempo todas han sido felicidades para mí, siendo la última el feliz encuentro y satisfacción del caballero don Jacobo.

_No es la última –me dijo mi cajero–; ha fallecido don Damián y tengo que partir para México a recibir la herencia que me dejó. A usted, señor don Pedro, le doy las gracias por el bien que me ha hecho y a ti, querido Jacobo, pongo a tu disposición mis haberes con la mano de mi hija si la quieres. Enlázate con ella; es Rosalía, rama del mismo tronco.



Pasados estos cariñosos coloquios, tratamos de vestir con decencia a Jacobo y se fueron para México, dejándome bien triste. A pocos días me escribieron haberse casado Jacobo y Rosalía, y que vivían en el extremo del gusto y la tranquilidad. Yo me volví a San Agustín y viví tranquilo muchos años.

PERIQUILLO CUENTA SUS SEGUNDAS NUPCIAS

No dejaba yo de venir a México, a mis negocios. Casualmente encontré un día al padre capellán de mi amo el chino en el cuarto de mi amigo Pelayo. Este padre, por el informe de Pelayo, alabó mi reforma y me llevó a la casa del asiático. Luego que entramos mi antiguo amo, dándome un apretado abrazo, me dijo:

_Mucho gusto tengo de verte conmigo. Sentí tu ausencia.

En uno de los días que venía a México encontré al pobre Andresillo muy roto. Me llevó a su casa, su buena mujer me dio de almorzar y le pregunté que si jugaba.

_Nada de eso, señor. Lo poco que gano me lo como.

Le propuse que si quería irse a mi casa lo acomodaría de cajero. Me salió tan buen hombre que no extrañaba a mi buen amigo Tadeo.

Una tarde vi llegar al mesón a una pobre mujer tirando de un burro, donde iba un viejo miserable. Los acompañaba una niña. Entraron el mesón, y a poco rato se me presentó la muchacha, que se llamaba Margarita y era como de catorce años.

_Señor, mi padre viene muriéndose y mi madre también. Por Dios, denos usted posada, que no tenemos con qué pagar, porque nos han robado en el camino.

_Niña, no llores –le dije–; anda y haz que tu padre y tu madre vengan a mi casa.

A pocos minutos volvió con sus ancianos padres. Yo me acerqué de inmediato al enfermo:

_Quiero oír los infortunios de usted, no por mera curiosidad, sino por serle útil de alguna manera.

_Pues, señor, oiga en compendio mis desgracias –y me relató sus penas.

_Perdóneme, señor –lo interrumpí–, ¿cómo se llama usted?

_Antonio.

_¿Tuvo usted algún amigo en la cárcel, a quien socorrió en los últimos días de su prisión?

_Sí tuve –me dijo–, a un pobre joven conocido por Periquillo Sarniento, bien nacido, de fina educación. Algunos pícaros lo pervirtieron y por su causa se vio en aquella cárcel. Le encargué que me escribiera; el mismo encargo hice a su escribano Chanfaina, a quien le dejé cien pesos para que resolviera su negocio y le diera de comer mientras estuviera en la cárcel. Del escribano nada siento, pero del Periquillo siempre sentiré su ingratitud.

_Pues, digno amigo –le dije–, yo soy Pedro Sarmiento, aquel Periquillo a quien tanto favor hizo en la cárcel.

El buen viejo lloraba enternecido. Me acabó de contar don Antonio sus trabajos: viniendo para México les salieron unos ladrones que les robaron y le mataron al viejo mozo Domingo. Cuando se vieron aliviados me dijo don Antonio:

_Siento, mi buen amigo, el haberte molestado. Me voy. Si mudare mi fortuna, usted se servirá de ella como propia.

_Calle usted, señor –le dije–; hoy soy su amigo, y si quiere, soy su hijo. He examinado las bellas prendas de la niña Margarita, a quien amo con pasión. Si mi honesto deseo es compatible, yo seré muy dichoso con tal enlace.

237 SE160

_Don Pedro, apruebo que usted se case con mi hija, pero ignoro si ella querrá casarse con usted. Yo la dejaré en entera libertad y, si quiere, para mí será de lo más lisonjero.

_Señor, manifesté a su niña mis sanas intenciones y me contestó: "Mi padre dice que usted es hombre de honor. Yo me casaría con usted, pero no sé si querrán mi madre y mi padre, y yo tengo vergüenza de decírselo".

Don Antonio sonrió y me dijo:

_¡Oh, amigo! Si ya ustedes tenían hecho su enjuague, apresure el paso: no es muy seguro que dos que se aman vivan por mucho tiempo desunidos bajo de un mismo techo.

Entendí el escrúpulo de mi suegro. Un convoy de coches salió conmigo para San Agustín de las Cuevas el día en que determiné mi casamiento. Como a las seis y media de la mañana llegué y me encontré en la sala de mi casa a mi novia vestida de túnica y mantilla negra, acompañada de sus padres. Nos leyeron las amonestaciones privadas, y entramos a la iglesia a recibir las bendiciones nupciales al pie de los altares.

Concluido el augusto sacrificio, nos volvimos a una gran casa de campo; al centro de la huerta, había sillas y el suelo entapizado con alfombras. Porción de criadas nos sirvieron un almuerzo; nos divirtió la música y las muchachas cantaron epitalamios a mi esposa. Luego paseamos por la huerta hasta que fue hora de comer. A las siete de la noche se sirvió un buen refresco; hubo un rato de baile hasta las doce, hora en que se dio la cena y, concluida, nos recogimos todos muy contentos.

Con el mayor consuelo y satisfacción vivía en mi nuevo estado. Ya mi esposa los había dado a luz, mis queridos hijos. Ustedes fueron el nudo de nuestro amor.

La muerte de su amo, la despedida del chino, su enfermedad; el editor cuenta lo demás hasta la muerte de nuestro héroe

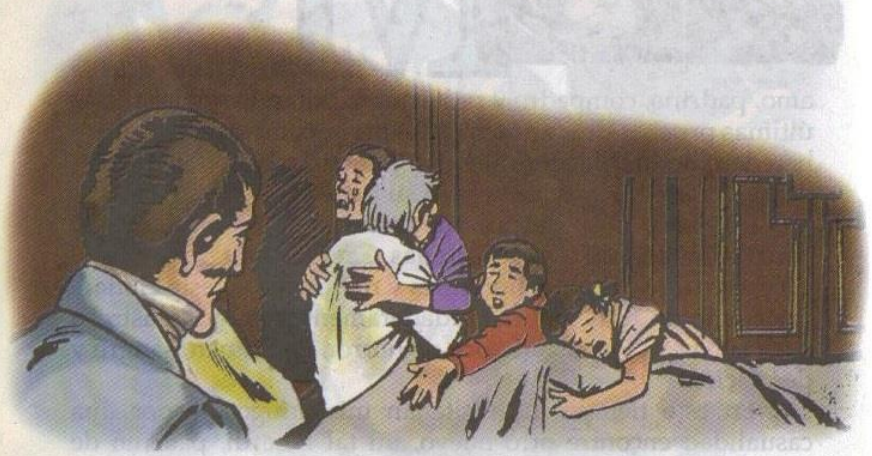
Murió mi amable amo, padrino, compadre y protector y, tratando de darme las últimas pruebas del cariño que me profesó, me dejó por único heredero de sus bienes. Mi amigo el chino me escribió diciéndome que estaba para regresar a su patria.

Dos años más, después de la ausencia de mi amigo el chino, viví en San Agustín de las Cuevas, hasta que me vi precisado a realizar mis intereses y radicarme en esta ciudad. Era el año de 1810. ¡Época verdaderamente fatal y desastrosa para la Nueva España! ¡Época de horror, de crimen, sangre y desolación!

En este tiempo me visitaban mis amigos, y por una casualidad encontré otro nuevo, un tal Lizardi, padrino de mi hijo Carlos para su confirmación, escritor desgraciado en su patria y conocido del público con el epíteto de Pensador Mexicano.

Un día, advirtiéndome fatigado de mis dolencias, y que no podía escribir más, le dije:

_Toma esos cuadernos, para que mis hijos se aprovechen de ellos después de mis días.



Notas del Pensador

Hasta aquí escribió mi buen amigo don Pedro Sarmiento, a quien amé como a mí mismo, y lo asistí en su enfermedad hasta su muerte con el mayor cariño.

Hizo llamar al escribano y otorgó su testamento con la formalidades de estilo.

Le dio el viático su amigo el padre Pelayo y a las dos horas hizo que entraran a su recámara su mujer y sus hijos, les dio muchos besos y se despidió de ellos. Por fin quedó el paciente solo y me dijo:

_Ya es tiempo de desprenderme del mundo. Haz que venga mi confesor el padre Pelayo.

Entró él, y preguntó a don Pedro cómo se sentía.

_Voy por la posta –dijo el enfermo–; ya es tiempo de que no te apartes de mi cabecera, hasta que expire. En fin, Pelayo, por vida tuya haz que velen mi cadáver dos días y no le den sepultura hasta que no estén bien satisfechos de que estoy verdaderamente muerto. Compadre, ya me siento demasiado débil; creo que se acerca la hora de la partida; haz llamar al vecino don Agapito, que era un excelente músico.

El músico, a poco rato, volvió con tres niños y seis músicos de flauta, violín y clave. Comenzaron los niños a entonar un himno compuesto para esta hora por el mismo don Pedro. Dos veces se repitió el tierno himno, y en la segunda, al llegar a aquel verso que dice: En tus manos mi espíritu encomiendo, entregó nuestro Pedro en las manos del Señor, dejándonos llenos de ternura, devoción y consuelo.

A los dos días se procedió al funeral, haciéndole las honras con toda solemnidad, y concluidas se llevó el cadáver al camposanto, donde se le dio sepultura por especial encargo que me hizo.

El sepulcro se selló con una losa de tecal, especie de mármol que compró para el efecto su confesor, haciendo antes esculpir en ella el epitafio y la décima que el difunto compuso antes de agravarse:

Mira, considera, advierte,
por si vives descuidado,
que aquí yace un extraviado
que al fin logró santa muerte.

No todos tienen tal suerte;
antes debes advertir
que si es lo común morir
según ha sido la vida,
para no errar la partida
lo seguro es bien vivir.

Pasado algún tiempo, y ya más serena la señora, le pedí los cuadernos que escribió mi amigo, para corregirlos y anotarlos, conforme lo dejó encargado en su comunicado respectivo.

La señora me los dio y no me costó poco trabajo coordinarlos y corregirlos, según estaban de revueltos y mal escritos; pero por fin hice lo que pude, se los llevé y le pedí su permiso para darlos a la prensa.

_No lo permita Dios –decía la señora muy escandalizada–; cómo había yo de permitir que salieran a la plaza las gracias de mi marido, ni que los maldicientes se entretuvieran a su costa, despedazando sus respetables huesos?

_Nada de eso ha de haber –le contesté–; gracias son en efecto las del difunto, pero gracias dignas de leerse y publicarse. Gracias son, pero de las muy raras, edificantes y divertidas. ¿Le parece a usted poca gracia, ni muy común, que en estos días haya quien conozca, confiese y deteste sus errores con tanta humildad y sencillez como mi compadre? No, señora; esto es muy admirable, y me atrevo a decir que inimitable.

_Pues si a usted le parece –me dijo la señora– que puede ser útil esta obrita, publíquela y haga con ella lo que quiera.

Satisfechos mis deseos con esta licencia, traté de darla a luz sin perder tiempo. ¡Ojalá el éxito corresponda a las laudables intenciones del autor!

El Periquillo Sarniento
Sus extraordinarias venturas y desventuras, contadas por Felipe Garrido

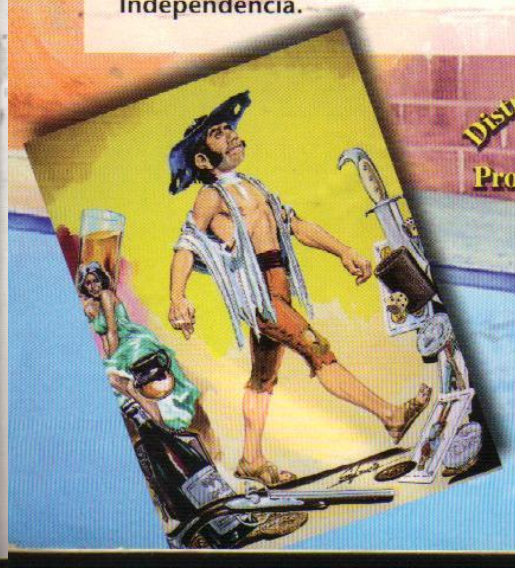
Se terminó de imprimir por encargo de la
Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos,
en los talleres de Gráficas La Prensa, S.A. de C.V.,
con domicilio en Prolongación de pino No. 577 ,
Col. Arenal México, C.P. 02980, México, D.F.,
en el mes de abril de 2006.
Tiraje total 27.5 millones de ejemplares.

La Conaliteg deja testimonio de la generosidad de los organismos públicos y empresas privadas que donaron el papel usado que fue reciclado para obtener el papel de 68 gramos por metro cuadrado, en el que se imprimieron los interiores de esta obra, como parte del programa "Recicla para Leer".

El Periquillo Sarniento, la obra maestra de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), es la primera novela publicada en América. En 1816, por entregas, mientras se peleaba la guerra de Independencia, aparecieron sus tres primeros tomos; el cuarto fue censurado porque criticaba la esclavitud; no se publicaron enteros sino hasta 1830-1831, cuando su autor ya había muerto. Durante el Virreinato, en las colonias españolas estuvo prohibido que se imprimieran obras de ficción. Las autoridades españolas temían a la literatura, porque la literatura –las novelas y cuentos, la poesía, el teatro– es un ejercicio de imaginación y libertad, de crítica y reflexión.

El Periquillo Sarniento es una novela picaresca. Su personaje central es un pícaro, un vagabundo ocupado en sobrevivir, que cuenta su vida. Sus días en la escuela y en la universidad, cómo las malas compañías lo arrastran al juego, al hospital y a la cárcel; cómo la fortuna le sonríe o le vuelve la espalda. El Periquillo cambia muchas veces de patrón y de oficio, recorre la capital y sus alrededores, viaja a Manila, tras un naufragio llega a una isla en el mar de la China, y regresa a su patria para seguir sus aventuras.

Este librito busca familiarizar a lectores que no lo conocen con este personaje. Al mismo tiempo, invitarlos a que un día lleguen directamente a la novela de Lizardi y descubran en sus páginas una multitud de incidentes divertidos y un espléndido fresco de la vida en México en vísperas de la Independencia.



Distribución gratuita
Prohibida su venta

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
SEP
COMISIÓN NACIONAL